



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**ABSTENCIÓN EN LA SEGUNDA VUELTA
ELECTORAL EN AMÉRICA LATINA (1978-2016)**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS
Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
(OPCIÓN CIENCIA POLÍTICA)**

P R E S E N T A:

MOISÉS MADRID SAN JUAN



DIRECTOR DE TESIS:

DR. RODRIGO SALAZAR ELENA

CIUDAD DE MÉXICO, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Quiero plasmar en estas páginas los nombres de las personas con las que estoy profundamente agradecido y que forman parte de la ecuación que me representa, pues todos ellos han influido de alguna manera en mí.

Agradezco a mi familia por todo su apoyo. A mi papá que con tanto esfuerzo logró facilitar que yo llegara a este punto de mi vida, por su memoria que siempre estará presente en mí. A mi mamá por todo su amor y ayuda, sólo ella sabe lo mucho que tuvo que batallar para que yo saliera adelante. A mi hermano John, en quien sé que puedo confiar como lo he hecho hasta ahora. A mis sobrinos Iker y John por traer alegría a mi vida.

Les agradezco a todos los profesores que hicieron de mi paso por la licenciatura una grata experiencia, que por suerte no fueron pocos, particularmente quiero mencionar a mi asesor y a mis sinodales: el Dr. Rodrigo Salazar, a quien le guardo un enorme respeto por el gran amigo, profesor e investigador que es, le agradezco por haber ayudado a que esta tesis lograra concretarse; al Dr. Gustavo Martínez por su amistad y sus enseñanzas a lo largo de la carrera, con quien pude fortalecer mi formación en sus clases como su alumno y adjunto; al Dr. Lisandro Devoto, gran profesor y amigo, a quien le agradezco por apoyarme en mi desarrollo académico y profesional; a la Dra. Karolina M. Gilas por su tiempo, amabilidad y valiosas observaciones que enriquecieron la calidad de esta investigación; a la Dra. Sarah P. Cerna por sus consejos para este trabajo y sus palabras que me alientan a seguir esforzándome.

También le quiero agradecer a la Dra. Martha Singer por haberme brindado la oportunidad de acompañarla en sus clases como su adjunto. Igualmente le agradezco al Dr. Josafat Cortez por su amistad y apoyo en mi vida académica.

Les agradezco a Oscar y a Fernando por su amistad y por las risas que he podido compartir con ellos.

Le agradezco a Ernesto por su amistad desde nuestros días como estudiantes en el CCH.

Les agradezco a todos mis amigos de la facultad, pero quiero destacar especialmente a los siguientes: a Alberto por su amistad desde los inicios de la carrera; a Brian, a quien le agradezco no sólo por su amistad, sino también por haber colaborado conmigo durante el desarrollo de las primeras ideas de este trabajo; a Diego y a su familia por siempre abrirme las puertas de su hogar; a Emiliano por su ácido y entretenido humor; a Faby, quien es capaz de reírse con lo más simple del mundo; a Iridian por ser una gran y sincera amiga, además de haberme apoyado en el primer esbozo de este trabajo; a Jaz y su fuerte temperamento; a Luis con quien tuve el gusto de ñoñear durante la carrera; a Yesenia por las agradables conversaciones. Con todos ellos quiero compartir este logro, con quienes tuve el placer de compartir diversas experiencias, risas y viajes, estoy feliz de poder llamarlos colegas y considerarlos amigos.

Agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México y especialmente a la Facultad de Ciencias Políticas Y Sociales, pues en estos espacios se me dio la oportunidad de superarme, conocer a grandes personas y expandir mis conocimientos. Sé que algún día pagare la deuda que tengo con mi amada universidad.

Muchos de los que tiran piedras a los modelos formales residen en casas de cristal.

M. Fiorina. Los modelos formales en Ciencia Política.

Es claro que instituciones y constituciones no pueden hacer milagros. Pero difícil será que tengamos buenos gobiernos sin buenos instrumentos de gobierno. Entonces, ¿por qué hemos de prestar tan poca atención a la forma en que funcionan o no funcionan las estructuras políticas, y si se las puede mejorar?

G. Sartori. Ingeniería constitucional comparada.

Índice

Introducción.	9
Capítulo 1. La racionalidad electoral en la abstención	17
1.1 Gobiernos y elecciones democráticas	17
1.2 Abstencionismo, participación y padrón electoral	20
1.3 Variables causales de la abstención	24
1.4 Teoría de la elección racional	29
1.5 Comportamiento racional en las elecciones	33
Capítulo 2. El elector racional en el sistema electoral de segunda vuelta	38
2.1 Sistema electoral de segunda vuelta	39
2.2 La segunda vuelta electoral en América Latina	41
2.3 Efecto de la segunda vuelta	43
2.4 Problemas con el modelo	51
Capítulo 3. Segunda vuelta electoral y abstención en América Latina	59
3.1 Competitividad y Margen de victoria	59
3.2 Respaldo electoral en las votaciones, ideología de los candidatos y sanción de la abstención.	76
Conclusiones	86
Apéndice A	92

Apéndice B	94
Fuentes	96
Fuentes consultadas	96
Fuentes electrónicas consultadas	99
Fuentes electrónicas consultadas para los resultados electorales	101

Introducción

Las votaciones dentro de las democracias son procesos en los cuales se espera la participación de los individuos que serán beneficiados o afectados por los resultados. Aunque no necesariamente exista una relación directa entre el número de sufragios y el grado de legitimidad de los gobiernos, la participación de los ciudadanos en su papel de electores, posiblemente den señales de la aceptación que tienen sobre dichos procesos y la opción ganadora que derive de las votaciones. Sin embargo, el diseño institucional que modera las elecciones puede tener efectos contrarios en la participación, lo que termine por propiciar el abstencionismo. Se considera importante el buscar esclarecer los cambios que se pueden generar en el comportamiento electoral por factores institucionales y cómo opera la relación entre ambos elementos.

Dentro de las diferentes instituciones políticas que se podrían enunciar, una que en particular llama la atención es el sistema electoral que, al ser un medio por el cual se regulan los procesos de las votaciones, probablemente esté ligado al comportamiento de los electores. La región de América Latina cuenta con algunos regímenes democráticos que han optado por integrar dentro de sus leyes un sistema electoral de segunda vuelta para las contiendas por el cargo presidencial. Entre estos países se puede nombrar a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, República Dominicana, Perú, Uruguay.

La segunda vuelta o ballottage es un método electoral del cual se ha esgrimido, como un punto a su favor, que su implementación sirve como un mecanismo para reforzar el apoyo electoral de los candidatos que aspiran a algún cargo de elección popular, esto cuando no alcanzan cierto umbral de votos en una primera vuelta (Crespo, 2009; Payne y Zavala, 2006). Sin embargo, está latente la posibilidad de que el triunfador de la elección en una segunda ronda sea el mismo que ganó en

las primeras votaciones, lo que significa que este método de elección no siempre modifica el resultado de quién ocupará el cargo de la contienda, no hay garantía de una reversión de los resultados (González, 2007; Pérez-Liñán, 2008).

Si se toma en cuenta la posibilidad de que el ganador de la primera vuelta lo sea nuevamente en la segunda, aunque consiga un mayor porcentaje de votos a favor, se tiene que considerar que dicho respaldo puede ser reflejo de una mayoría artificial, pues la reducción de la oferta política obliga a que los ciudadanos elijan sólo entre las dos opciones que compiten en la segunda vuelta, lo que abre paso a votar por el mal menor (Crespo, 2009; Payne y Zavala, 2006). A pesar de esto, el *ballotage*, en comparación con los sistemas electorales de una sola ronda, sí implica un aumento en los costos de operación para que se puedan llevar a cabo las votaciones, así como el conteo de los mismos y la aprobación de un ganador, sin necesariamente generar una mayor legitimidad del resultado.

Lo anterior puede poner en duda la conveniencia de la segunda vuelta y abrir una discusión en torno a este método de elección, ya sea por su verdadero potencial para producir legitimidad o por la elevación de costos monetarios para su financiamiento. Empero, aquí se sugiere que existe otro problema al cuál se debe poner atención y que es producto de este sistema electoral, referente a su relación con la participación electoral. Para un sistema electoral que busca aumentar la legitimidad del ganador de las elecciones a través de los votos, no le resultaría favorable un incremento en la abstención electoral, entonces no basta sólo con hablar de la proporción de votos de un candidato, sino también se requiere prestar un mayor interés en la asistencia de los electores a las urnas.

Pedir que los electores adquieran información para la nueva ronda de votaciones (sí lo requieren), procesen dicha información y se movilicen una vez más para asistir a las urnas para sufragar, son razones para que el individuo se vea motivado a no participar en las elecciones, pues quizá sea más atractivo evadir los costos que se desprenden las acciones mencionadas. Por lo tanto, la pregunta principal que alienta el desarrollo de esta investigación es ¿existe una relación entre la segunda vuelta y la abstención electoral? La hipótesis es que, al

efectuarse una segunda vuelta electoral, menos votantes estarán dispuestos a asumir los costos de votar, por lo tanto habrá más abstención que en la primera vuelta.

Estudiar si la abstención se debe a que el individuo busca evadir costos y se comporta como un actor estratégico permite disminuir la preocupación por una falta de legitimidad de un candidato que haya ganado en una la segunda vuelta por una baja afluencia de votantes. Desde esta perspectiva, el motivo para abstenerse responde a la utilidad que se obtiene cuando un elector no vota y no por su deseo de expresar un descontento con las elecciones. Sin embargo, alerta sobre un sistema electoral que, en comparación a los de una sola ronda de votaciones, financieramente es más costoso e induce a una menor participación. Debido a esto, se justifica el intentar rastrear el efecto que genera el sistema electoral en la toma de decisiones de los individuos, en un escenario en el que existe una segunda oportunidad para votar.

Entre la literatura que se encontró sobre el tema de la segunda vuelta y su vínculo con el comportamiento electoral, la cuestión de la abstención ha llegado a tener un papel marginal o nulo. En el caso de Cox (2004), se asume que el voto no tiene un costo, para enfocarse en las opciones del voto y no en la asistencia a las urnas. Algunos sólo mencionan los datos de las variaciones de la abstención como parte de una muestra indicativa (Emmerich, 2003; Gonzáles, 2007). Otros documentos ciertamente sí han integrado más información respecto a las variaciones, pero sin un análisis de los mecanismos causales que los conectan (CEIGB, 2017; Hernández, 2012).

En esta investigación se amplía el número de observaciones para su comparación, con la intención de tratar de sustentar las generalizaciones estadísticas de los hallazgos. Para poder observar los cambios en los niveles de abstención electoral entre la primera y segunda vuelta, se abordan las elecciones presidenciales a nivel federal de los países de América Latina que cuenten con dicho sistema electoral, además de haber requerido del mismo para definir al ganador de la presidencia. Esta región se presta para el estudio, pues desde finales de los años setenta se

empezaron a establecer algunos regímenes democráticos en los países de América Latina. Esto conllevó a la generación de reformas en las reglas electorales que formalizaron el uso de la segunda vuelta, así como la modalidad del tipo de mayoría que se necesita para ganar en las elecciones (Urruty, 2007).

No se objeta que algunos países hayan tenido momentos en los cuales se alejen del ideal democrático, si se le puede llamar así, pero mientras los casos que se emplean hayan tenido una estabilidad para no tener que hablar de una falta de elecciones democráticas, son material de análisis. Evaluar la calidad de la democracia en sí mismo puede ser un camino para seguir y ponderar su peso sobre el comportamiento electoral, pero aquí no es esa la ruta hacia donde se dirigen los esfuerzos.

Las experiencias históricas de los países de América Latina son comparables por su similitud en cuanto a sus formatos técnicos para la implementación del *ballotage*, así como por su proximidad temporal para pasar a ser consideradas como naciones democráticas, o por lo menos para hablar de elecciones democráticas. La delimitación de la investigación parte desde 1978, año en que se dio el primer balotaje de América Latina, con un corte temporal en 2016, que es el último año con el que se disponía de datos sobre los resultados de las votaciones al inicio de la redacción de este trabajo. Cerrar el número de casos minimiza la complejidad de anexar constantemente datos de todas las variables que serán analizadas.

Bajo los criterios de comparación, se cuentan con una matriz de datos panel, que se compone de 43 elecciones presidenciales de 11 países de América Latina. Cabe destacar que la investigación será de carácter extensivo antes que intensivo, ya que se analiza un mayor número de unidades (objetos de observación) y emplea un reducido número de propiedades (variables), para ofrecer generalizaciones y reducir las restricciones de aplicabilidad (Della Porta. 2013). Por lo tanto, no se profundiza de manera exhaustiva en las causas particulares del abstencionismo para cada elección, sino más bien, en el efecto de la segunda

vuelta en la abstención, para conocer las regularidades del fenómeno en varios casos.

El análisis de las 43 elecciones se realiza con ayuda del método comparado, pues a partir de este se procede bajo el supuesto de que todos los casos son similares y cuentan con cualidades constantes. Efectivamente no todos los objetos de observación son iguales, pero se busca aislar elementos que analíticamente se consideren esenciales para entender un hecho. Primeramente se observa cómo cambian las condiciones bajo las cuales se da una elección de segunda vuelta, para posteriormente apreciar si la hipótesis es sostenible en todos los casos.

Cuando la hipótesis es puesta a prueba, se esperan dos cosas, la primera es que las evidencias se ajusten al modelo abstracto que sirve para el análisis, con lo cual se puede sostener la argumentación expuesta. Lo segundo que puede pasar, es que en por lo menos un caso suceda un evento diferente al esperado y por ende la hipótesis sea falseada. Ante esta última situación, se abren nuevas vetas de investigación, indica la necesidad de no pensar que todos los casos son homogéneos y buscar características que varíen entre ellos, que potencialmente expliquen porque el modelo erró.

En esta investigación, el escenario más optimista, es que en las 43 elecciones la abstención haya incrementado en la segunda vuelta, pues confirmaría la hipótesis. Por el contrario, la abstención se puede mantener igual o disminuir en la segunda vuelta. Como la abstención no puede incrementar y disminuir para la misma elección, significa que hay una variable que diferencia a los casos y que a través del método comparado pueden ser identificados, pero sin caer en una descripción densa de todos los factores involucrados en la toma de decisión de los electores. Como se insiste, en este trabajo se interroga el papel que juegan las mismas variables en distintos casos. Para hacer más sencilla la exposición y descripción de los datos, además del método comparado, se utiliza el método cuantitativo, con la finalidad resumir la información por medio de herramientas estadísticas.

Para interpretar la evidencia empírica, se utiliza la teoría de la elección racional, es así que se aborda el comportamiento de los electores como una conducta encaminada a mejorar su utilidad, donde la abstención es un acto racional que permite evadir la inversión de recursos que requiere el voto. Para comprender la función de la interacción entre los actores del modelo, dentro de la misma línea de la elección racional, se incluye la teoría de juegos para no concebir a los electores sólo como individuos que maximizan su beneficio, sino también como jugadores estratégicos que deciden qué hacer a partir de las acciones de los demás. En un tercer plano, con el enfoque del neoinstitucionalismo se revisa la relación entre el sistema electoral de segunda vuelta y las estrategias de los individuos, condicionadas por las reglas del primero.

El desarrollo de la investigación busca cumplir con tres objetivos, para lo cual se estructura en cuatro partes. El primer objetivo es exponer el argumento bajo el cual la abstención se presenta como una respuesta racional por parte de los electores. Es así que en capítulo uno se introducen los conceptos claves que permiten abordar los estudios del comportamiento electoral a través de la teoría de la elección racional. De inicio, se enmarca qué es lo que aquí se entiende por un gobierno y una elección democrática. Posteriormente se comentan las diferencias que existen entre dos documentos utilizados por los órganos encargados de las actividades electorales, que son el registro y el padrón electoral, para después distinguir el concepto de elector, votante y abstencionista.

Una vez que los conceptos anteriores son definidos, se enuncian y clasifican las distintas variables que a menudo se les atribuye una función causal sobre el comportamiento electoral, específicamente, en la decisión de votar o abstenerse. En seguida se describen las características de la teoría de la elección racional y la teoría de juegos, para terminar por integrar todos los elementos conceptuales y teóricos en un primer modelo que se encarga de explicar cómo la abstención es una estrategia racional, acorde a las interacciones de la acción colectiva.

En el segundo capítulo, el objetivo es asociar los niveles de las tasas de abstención con la segunda vuelta electoral. Se inicia por presentar la relación

entre la teoría de la elección racional y las instituciones, después se describe que es un sistema electoral de segunda vuelta y sus modalidades. Se continúa por exponer las características formales y experiencias de la segunda vuelta en América Latina.

Una vez que se sabe en qué consiste la segunda vuelta, se propone un modelo que se guía a partir de la elección racional para argumentar cómo este método de elección incide en las tasas de abstención. Igualmente se pone a prueba la hipótesis, con lo cual por medio de la estadística descriptiva se observa si los electores se abstienen más en la última de dos rondas de votaciones. El capítulo dos se cierra con algunos puntos que, se considera, deben ser evaluados para fortalecer el modelo y que el análisis sea confiable.

Después de hacer una primera exploración de los datos, se presenta un interés por entender por qué la abstención tiene aumentos y descensos variados de una a otra ronda de votaciones. Ante esta inquietud surge como respuesta tentativa una segunda hipótesis, en donde se establece que a medida que sea mayor la competitividad de la primera ronda entre los dos candidatos con más votos, la abstención en la segunda vuelta es menor.

La segunda hipótesis lleva al tercer objetivo que se encuentra en el tercer capítulo, que es explicar la manera en que los resultados de la primera vuelta, producen información de la competitividad, la cual le anticipan al elector la conveniencia de abstenerse o votar. En este capítulo se señala la diferencia entre los conceptos de competencia y competitividad. Posteriormente se muestra el indicador que permite medir cuando hay mayor o menor competitividad entre dos candidatos. Como siguiente paso, se utiliza la teoría de juegos para modelar las interacciones entre los distintos tipos de electores y las estrategias que los llevan a mejores pagos, para continuar con la contrastación empírica.

Para fortalecer la prueba de la hipótesis, se anexan tres variables de control, que son el respaldo electoral en las votaciones, la ideología de los candidatos y la sanción de la abstención, además se incluye su operacionalización. Los tres

indicadores utilizados para las variables de control son la concentración del voto, la diferencia ideológica entre los dos candidatos de la segunda vuelta y la existencia de multas a la abstención. Finalmente se utilizan dos modelos estadísticos diferentes, uno es de regresión múltiple y el otro de efectos fijos, en donde se compara entre sí cuál es el más adecuado para el análisis. La última parte de la investigación está dedicada a las conclusiones, la revisión de los puntos que deben ser considerados para futuras investigaciones y preguntas, cuyas respuestas son una deuda de este trabajo.

Capítulo 1

La racionalidad en la abstención electoral

1.1. Gobiernos y elecciones democráticas

Las elecciones son procesos que se presentan en distintos regímenes políticos, en donde su función puede variar acorde a los contextos, ya sea que ayude como método de legitimación para los gobiernos o regímenes, o para votar por representantes para los cargos de elección popular (Gómez, 2009). Para las elecciones democráticas, esta última función permite, en cierta medida, que la toma de decisiones colectivas o la designación de cargos, tengan como referente principal las preferencias de los individuos.

Para que la representación se dé en las elecciones, las democracias modernas están reguladas por algunos principios, dos de ellos que tienen una utilidad metodológica para esta investigación son la igualdad y la libertad. El primero quiere decir que todos los electores que cuentan con la facultad legal de participar en las elecciones, de forma individual, tienen la misma capacidad de influir en los resultados a través de su voto, es decir, todos los votos valen lo mismo independientemente de los atributos personales de quien emita el sufragio. El segundo hace alusión a la posibilidad de los individuos para participar, sí así lo desean, sin que otras personas los obliguen a votar o a rendir cuentas de sus preferencias sobre la oferta política (Anduiza y Bosch, 2004).

Al hablar de igualdad, se tiene presente que los individuos, al decidir participar, no van a definir el resultado por sí mismos, ya que éste depende de la participación conjunta de todos los electores, lo que lleva a pensar en las votaciones como procesos que requieren interactuar y a veces cooperar para alcanzar un objetivo. De igual forma, el principio de igualdad permite conducir la tarea de la medición de los indicadores pertinentes. El hecho de que cada elector está representado por

un voto de los resultados electorales, facilita el esfuerzo de observar las tendencias del comportamiento electoral en los resultados electorales, aunque estos se presenten como datos agregados (Anduiza y Bosch, 2004).

Algo que hay que mencionar sobre el principio de libertad, es acerca de la premisa que propone que los individuos tienen un margen de maniobra sobre la elección de sus decisiones en la arena electoral. En este sentido, se espera que, al observar las tendencias de la abstención, no exista como precedente una coacción sobre el elector para que tome una decisión entre votar o no hacerlo. No se objeta que a nivel empírico, el grado de libertad de algunos individuos esté limitado y pueda ser vulnerado, pero esto sólo se considera como un factor relevante cuando sea la norma, de tal forma que impida hablar de elecciones democráticas y altere constantemente los resultados de las mismas.

Se sabe que existen mecanismos institucionales formales que pueden condicionar la libertad de los individuos, como la sanción a la abstención, que le anticipa al elector que de no votar cargará con una multa (Fernández y Thompson, 2007). Otra práctica que puede afectar el grado de libertad, es el clientelismo electoral, en donde la relación cliente patrón compromete al primero a votar a cambio de un beneficio, de tal forma que las tasas de participación sean mayores gracias a la movilización de electores para que asistan a las urnas, como lo constatan Carreras e Irepoglu (2013).

Sin afán de agotar la discusión, se toma como supuesto que la libertad persiste si el individuo puede decidir cargar o no con el costo de la sanción, así como de no entrar a una red clientelar, en ambos casos con una noción de lo que implica tomar una decisión. Entonces, la presencia de estos fenómenos no conduce a la necesidad de eliminar casos por creer que exista una falta de libertad y, por consiguiente, la ausencia de elecciones democráticas.

La libertad y la igualdad, además del principio de la universalidad del voto que posibilita la participación de distintos grupos sociales en las elecciones, son condiciones necesarias de las elecciones democráticas (Anduiza y Bosch, 2004).

Los tres principios permiten identificar a este tipo de elecciones, por su papel en la regulación de los derechos individuales para la participación en las votaciones. Sin embargo, es necesario complementarlas con las características de los gobiernos democráticos, pues alientan la permanencia de las primeras y que los segundos no sean reemplazados por otros tipos de regímenes.

El gobierno democrático y su vínculo con las elecciones democráticas, para este trabajo, descansa en una concepción procedimental antes que sustancial. Desde esta postura, la democracia se piensa a partir de los procedimientos que están implicados en elección de los gobiernos por parte de los ciudadanos, en vez de asumir la ausencia de democracia por juicios basados en la eficiencia de los gobiernos en turno al gestionar las políticas (Levine y Molina, 2007).

Sin ser exhaustivos en la definición y el debate conceptual, un gobierno democrático requiere contar con los siguientes puntos: elección popular como medio para la designación de algunos cargos gubernamentales; elecciones ininterrumpidas en periodos preestablecidos; quien resulte ganador en las elecciones, si no existen justificaciones legales que lo impidan, tiene el derecho de asumir el cargo para el cual compitió hasta que se presenten nuevas elecciones; que la asignación de cargos de elección popular no sean tomados por medios violentos o ilegales; aquellos que se encuentren al mando del aparato gubernamental no impiden ni restringen que los demás partidos y ciudadanos continúen sus actividades políticas, esto mientras no busquen tomar el mando del gobierno por la fuerza; una oferta mínima de dos candidatos en la contienda por cargos de elección popular (Downs, 1973).

A pesar de que los elementos anteriores para referirnos a gobiernos democráticos pueden variar en su forma empírica, este trabajo no se piensa profundizar si están presentes los niveles más óptimos esperados o idealizados. Se parte del supuesto de que existen en cierta medida, ya que “la calidad de la democracia no es un fenómeno de suma cero, sino más bien una escala que [...] va de lo mínimo aceptable a las mejores condiciones posibles” (Levine y Molina, 2007). En este sentido, la calidad de la democracia puede variar, por lo tanto los gobiernos y las

elecciones pueden ser o menos democráticos, pero aún posibles de ser reconocidos con este adjetivo. Es así que más adelante se sobrentenderá que las elecciones seleccionadas para el análisis, cumplen en algún grado con las características esbozadas.

1.2. Abstencionismo, participación y padrón electoral

Se asume que en una democracia, el principio de libertad permite que en las elecciones los individuos tomen la decisión más atractiva según sus preferencias, condiciones y posibilidades. En este sentido, un ciudadano puede elegir entre dos principales alternativas en un proceso electoral, abstenerse o participar (donde el abanico de opciones aumenta según sea el número de contendientes) (Aldrich, 1993). Para seguir adelante, es necesario precisar el significado de los conceptos participación y abstención.

Un primer acercamiento a la conceptualización de la participación electoral es una definición genérica, en la que se le entiende como “las formas de participación que se dan dentro de los procesos electorales [...] del resto que se desarrollan fuera del marco electoral” (Anduiza y Bosch, 2004, p. 28). Esto quiere decir que las actividades que se engloban en el concepto pueden ir desde participar en mítines de campañas políticas hasta la asistencia a las urnas para emitir un voto.

La definición anterior remite a una idea de las distintas formas en las que un individuo puede integrarse a los procesos electorales, sea con un mayor o menor grado de intensidad, en cuanto a los recursos que debe emplear para participar. Sin embargo, si se concentra el interés en los resultados y tendencias de las votaciones, es favorable pensar en la participación electoral con otro significado más acotado, en donde el “término [...] se utiliza como sinónimo de votar” (Anduiza y Bosch, 2004, p. 28).

Por otra parte, Pasquino (1988) habla de la abstención como la negación por participar en las actividades políticas y al agregarle el adjetivo “electoral”, delimita el concepto con lo que dice es su uso esencial, que es “para definir la falta de

participación en el acto de votar” (p. 1). Esto último permite enmarcar la idea de lo que puede significar una actividad política, con algo más específico como lo es el ejercicio del sufragio y que se vincula con los procesos electorales.

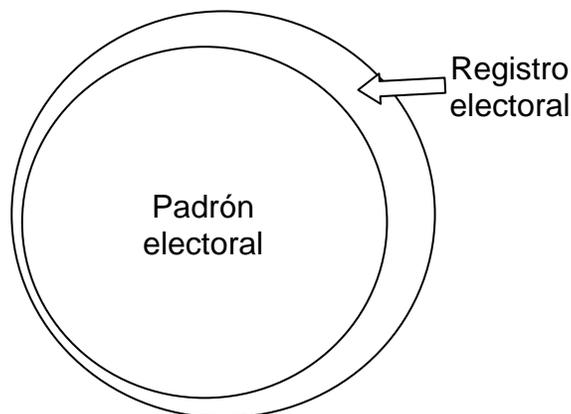
Al aceptar la idea de entender a la participación y abstención electoral con el acto del sufragio, se “pretende establecer la relación entre las personas que votaron y las que no votaron” (Gómez, 2009, p. 65). Básicamente, ambos conceptos son dos caras de la misma moneda, pero la duda que persiste es por qué prefieren estar de un lado de esa moneda y no del otro. Para buscar una respuesta, primero hay que identificar quiénes son los sujetos que deciden participar o abstenerse y cómo observar su comportamiento.

Para dilucidar quiénes pueden votar, hay que tomar en cuenta que existen normas formales que regulan el derecho a ejercer el sufragio -obtener la cualidad de ciudadano- a partir de ciertos atributos. Entre algunos aspectos se puede mencionar la edad mínima para participar, otrora el derecho a votar se ha encontrado limitado por motivos de sexo, condición económica, por rasgos étnicos o por razones penales, aunque el voto universal ha reducido las restricciones legales. Acorde a esto, el total de personas con status de ciudadanos en capacidad de sufragar estará definido por la flexibilidad de las leyes para otorgar este derecho (Gómez, 2009).

Los documentos que permiten identificar a los individuos que están en posibilidad de ser reconocidos como electores, son el registro y el padrón electoral. Aunque los conceptos puedan parecer sinónimos, son en realidad términos diferentes, pero no peleados entre sí. El primero alude al conjunto de individuos que se encuentran inscritos en una lista de las personas habilitadas para votar en una elección determinada. El segundo es una lista que se cierra en periodos definidos por las legislaciones de cada país, es decir, deja de actualizarse por un lapso de tiempo para permitir delimitar el total de personas que efectivamente estarán

habilitadas para participar¹ (Urruty, 2007). Como se ve en la Figura 1.1, el padrón se puede entender como un subconjunto del registro electoral.

Figura 1.1. Relación del registro y padrón electoral.



Fuente: elaboración propia.

Mientras el registro electoral se encuentra en continua actualización para integrar a los nuevos electores y eliminar a los que dejan de estar inscritos en la lista, el padrón se forma en periodos específicos para su uso en la logística de las elecciones y definir el lugar donde cada ciudadano tiene que acudir a emitir su voto. Por medio de la depuración y actualización de información del primero, el segundo se vuelve un documento estático que ayuda a evitar la duplicidad de electores, cosa que puede pasar por el cambio de domicilio, lo que a su vez contribuye a que ninguna persona tenga más de un voto, igualmente se intenta no incluir a las personas fallecidas.

El padrón electoral, al ser un documento que deja de modificarse por un tiempo, es susceptible a tener un margen de error por los cambios que se puedan producir dentro del punto en que se cierra hasta el día de la elección. Las causas de que no participen algunos electores que aparecen en el padrón, quizá se deba a su defunción o por su cambio de domicilio, lo cual no siempre se les reporta a las autoridades y por ende no logran depurar esa información (Urruty, 2007). En tanto

¹ Aunque algunos países adopten otro nombre para referirse a los mismos conceptos, aquí basta con que la definición se pueda ajustar a los documentos correctos para la medición de la abstención.

mayor sea la eficiencia de los órganos encargados de los censos electorales, para actualizar y depurar el registro electoral, más precisa será la información que provean.

¿Para qué sirve conocer de la existencia del padrón en un estudio sobre el comportamiento electoral? Los resultados electorales reflejan los valores de la abstención y la participación, que tienen como referente al padrón electoral para la escala porcentual. Metodológicamente, este documento es un instrumento que hace saber que las observaciones y mediciones basadas en los resultados electorales, se restringen a un subconjunto poblacional. Es así que el derecho al voto no sólo tiene que ver con el sufragio universal, sino también con el cumplir con los trámites administrativos necesarios para estar incluido en las listas electorales.

Al prestar atención en los individuos que efectivamente podían votar, se estudia el comportamiento de los sujetos que realmente tienen la capacidad de influir en los resultados por medio de su voto, sin hacer un análisis de la intención de abstenerse o participar de las personas que están fuera del padrón. “Las elecciones se ganan o pierden mediante los votos. Por lo tanto, quien puede registrarse y votar, puede afectar el resultado de una elección” (ACE, s.f.).

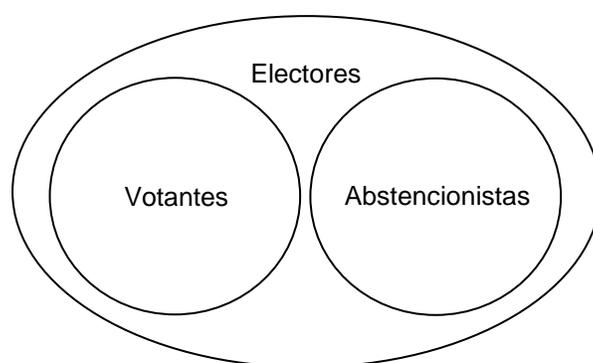
Ahora bien, si se aceptan los resultados electorales como base primaria para obtener información sobre la abstención, el indicador para medir esta variable se puede obtener a través de esta misma fuente. La abstención electoral se representa por el número total de personas inscritas en el padrón electoral que por cualquier motivo no acudieron a emitir su voto. Para medir la abstención se utiliza como indicador la tasa de abstención, que consiste en la proporción de individuos que no acudieron a votar respecto al total del electorado registrado en el padrón. Los valores posibles que puede adoptar van de 0 a 100 puntos porcentuales.

Como se dijo, tanto la participación como la abstención son dos caras de la misma moneda, por tal motivo, se asume que la proporción restante de no abstencionistas corresponde a los individuos que asistieron a sufragar. Aquí se

diferenciaran tres conceptos, que son elector, votante y abstencionista. Toda la población de un país que cuente con las características que se establezcan para contar con el derecho al voto, son electores si están censados e integrados a los padrones electorales (Anduiza y Bosch, 2004).

Los votantes, para esta investigación, se entenderán como el conjunto de individuos que se encontraban registrados en el padrón electoral y participaron en las elecciones mediante su voto, independientemente de si éste fue válido o nulo o no haya macado nada. Finalmente, los abstencionistas son aquellos electores que, independientemente de las razones, no acudieron a votar². En la Figura 1.2 se aprecia la relación de estos tres conceptos.

Figura 1.2. Relación del elector, votante y abstencionista.



Fuente: elaboración propia.

1.3. Variables causales de la abstención

Ahora bien ¿por qué algunos electores deciden participar mientras otros se abstienen? Las motivaciones que orientan el comportamiento electoral son un campo de estudio que ha llamado la atención de las ciencias sociales en general y de la ciencia política en particular. Si se explora un poco sobre el tema, es posible encontrar diversas respuestas, atribuyendo a más de una causa el hecho de que

² Estas distinciones no se basan en un amplio debate conceptual, sólo se utilizan para el fácil reconocimiento de los actores, ya que pueden parecer términos ambiguos por su pertenencia al mismo campo semántico. Aquí simplemente se opta por asociar los sustantivos con los verbos de los que derivan.

exista abstención, así como distintos enfoques teóricos que buscan una aproximación a la explicación de las relaciones causales.

Se pueden reconocer tres clasificaciones de variables que tienen una relación con el comportamiento electoral: 1) variables socioeconómicas y sociodemográficas, que diferencian a los individuos y las regiones geográficas por sus atributos; 2) variables psicológicas, relacionadas con las actitudes de los individuos; y 3) variables de carácter institucional o contextual, en donde las reglas y condiciones en donde se lleva a cabo la competencia electoral (coyuntura) influyen en la toma de decisiones de los electores. La siguiente tabla resume y desagrega las variables.

Tabla 1.1. Variables causales de la abstención

Variables socioeconómicas y sociodemográficas	Variables psicológicas	Variables institucionales y de contexto
Estrato económico	Interés por la política	Tipo de elección
Grado de estudios	Politización	Modalidad del sistema electoral
Edad	Percepción de eficacia política	Sistema de partidos
Sexo	Satisfacción política	Sanción por no votar
Religión		Organización electoral
Etnia		
Urbanización		

Fuente: elaboración propia con base en Anduiza y Bosch (2004) y Pasquino (1988).

Las variables socioeconómicas y sociodemográficas se enfocan en los rasgos sociales de los individuos, como rangos de edad, su sexo, ingresos económicos, el tipo de religión que profesan, grupo étnico al que pertenecen, el grado de urbanización de su zona residencial. Básicamente indagan en cómo las variaciones de los atributos de los individuos pueden ser reflejo de patrones de conductas electorales, con lo que son identificables los perfiles de los abstencionistas.

A partir de la primera clasificación de variables, se pueden sugerir hipótesis en las que se crea que el mayor acceso a la educación ayuda a que los ciudadanos aumenten su preparación y capacidad cognitiva para entender los temas políticos; mejores condiciones económicas reducen las restricciones para poder dedicar tiempo a la política; la urbanización y el desarrollo de nuevas tecnologías de la comunicación vuelven más sencillo que los ciudadanos adquieran información y accedan a los canales de participación política, incluida la menor dificultad geográfica para asistir a las urnas. En la medida en que los electores carezcan de estas condiciones, serán más proclives a abstenerse en las votaciones, por las adversidades que deben superar para integrarse en los procesos de participación (Anduiza y Bosch, 2004; Gómez, 2009).

Las variables psicológicas se pueden entender de la siguiente manera: 1) el interés por la política se refiere a qué tanto un individuo se dispone a invertir tiempo en asuntos políticos; 2) el grado de politización es la medida en que se toman posicionamientos frente a temas políticos (políticas, líderes, partidos, propuestas, elecciones o campañas); 3) la percepción de eficacia política es, por una parte, la medida en que el individuo cree que su participación tiene la capacidad de influir en los resultados, con base a los fines a los cuales dirige su acción, y en otro sentido, qué tanto piensa que el sistema político responde a sus demandas; 4) satisfacción política, que se relaciona con lo conforme o inconforme que está el ciudadano con los elementos políticos que le rodean (Anduiza y Bosch, 2004).

Desde esta segunda clasificación, ya no se busca que el perfil de los electores esté basado exclusivamente en rasgos socioeconómicos y sociodemográficos. Es así que se intenta nutrir el análisis integrando las características psicológicas de los votantes y los abstencionistas, con la intención de averiguar qué actitudes incentivan a una mayor o menor participación (Anduiza y Bosch, 2004).

Por último, las variables institucionales y de contexto toman en cuenta las reglas y las condiciones políticas, para observar cómo inciden en las decisiones de los electores (Anduiza y Bosch, 2004). La primera de éstas es el tipo de elección, es

decir, si es referéndum, plebiscito o por un cargo de elección popular, en donde las primeras dos tienen una menor asistencia de electores. Asimismo, este último tipo de elecciones se pueden distinguir según sean las contiendas presidenciales o legislativas, además de si son a nivel local o federal. En cuanto al cargo que se disputa, cabe asociar el impacto que tiene la modalidad del sistema electoral, sea presidencial o parlamentario, pues en el primero, las elecciones presidenciales son más concurridas que las legislativas, y éstas tienen una mayor tasa de participación en el segundo tipo de sistema (Pasquino, 1988).

Por su parte, el sistema de partidos influye por sus cualidades, esto es, en cuanto a cómo se diferencia la oferta política en las plataformas de gobierno propuestas y cómo se llega a generar una identificación partidaria; la competitividad electoral, lo que resalta la relevancia de qué tanto los electores pueden definir los resultados con su voto, dadas las mayores o menores posibilidades de ganar de un candidato frente a los demás; y la capacidad de movilización de los partidos para que los individuos asistan a las urnas a votar (Pasquino, 1988).

Hay características institucionales más explícitas en su intención de evitar la abstención, como las multas que se hacen a los abstencionistas, o elementos relacionados con la organización electoral que facilitan la emisión del voto, por ejemplo, el voto electrónico, el voto en el extranjero, el número de urnas instaladas y su accesibilidad geográfica (Anduiza y Bosch, 2004).

Finalmente, fuera de esas tres clasificaciones, la abstención también puede deberse a motivos que no necesariamente son de carácter político, sino por cuestiones personales. Algunos ejemplos son el estar de vacaciones el día de la votación, estar enfermo, o por el fallecimiento de personas que se encontraban en el padrón electoral y por cuestiones de eficiencia, el listado electoral no logra actualizarse para depurar estos casos, por lo tanto se contabiliza como abstención (Evans, 2004). Empero, cuando la abstención no se dé estrictamente por la voluntad del individuo, a ese fenómeno se le puede denominar como ausentismo o abstención estructural (Thompson, 2007), pero para los órganos electorales no es

sencillo determinar quién no participo por estas causas, por lo que la medición de la abstención se ve obligada a contabilizar a los electores ausentes por igual.

Al enunciar distintos elementos que intervienen en el comportamiento electoral, se puede aseverar que la falta de participación es un fenómeno multidimensional, por lo que su complejidad dificulta atribuir a una sola variable como la causa principal de la abstención. Sin embargo, esto despierta una inquietud ¿acaso es posible analizar la abstención de un conjunto de casos a partir de unas pocas variables? O ¿considerar “todas” las variables permiten una mejor explicación del por qué los individuos votan o se abstienen?

Ciertamente ahondar en las diversas aristas que ofrece el tema de la abstención, ayudaría a resolver la cuestión de por qué en una elección determinada los electores decidieron no votar. El problema es que estos esfuerzos terminarían por encaminarse en una descripción densa de cada caso, pero al detallar minuciosamente se puede reducir el potencial de generalizar los hallazgos. Esta investigación no tiene el interés de involucrarse en una meticulosa descripción de los casos observados, lo que descarta proceder con esta línea metodológica.

El trabajo se encamina hacia develar el papel de la segunda vuelta en las variaciones de la abstención, por lo que se privilegia abordar un amplio número de observaciones con un reducido número de variables intervinientes en el proceso. Por lo tanto, se acepta que la abstención se compone de una serie de factores que inciden en su manifestación, pero aquí importa más modelar a partir de unas pocas variables para una investigación de carácter extensivo, antes que ofrecer un intensivo estudio de caso (Della Porta, D. 2013).

A raíz de los argumentos anteriores, ha de advertirse que no se dará una respuesta de por qué los electores se abstienen. En cambio, la interrogante será por qué el elector no debería participar cuando se presenta una segunda vuelta electoral. Para cumplir con el objetivo de asociar las variables, el trabajo se apoyará en una de las principales teorías que han analizado el comportamiento electoral.

1.4. Teoría de la elección racional

En la ciencia política se pueden distinguir tres principales escuelas de pensamiento que se han encargado de los estudios del comportamiento electoral. De inicio, se puede nombrar a la *escuela de Columbia o sociológica*, desde la cual se han desarrollado trabajos en torno a los perfiles electorales, la base social, la función de la modernización, el papel de los procesos de socialización y las redes sociales. Por otra parte está la *escuela de Michigan o psicológica*, en donde se encuentran análisis a partir de la identificación partidaria y la cultura política. Ambos enfoques se han abocado a conocer cómo los electores llegan a tener, mantener y reforzar ciertas preferencias o percepciones políticas. Estas escuelas han permitido identificar quiénes son los electores que más votan o se abstienen, sean por las características de su base social o por sus actitudes políticas. (Almond y Verba, 1963; Anduiza y Bosch, 2004; Carmines y Huckfeldt, 2001; Harrop y Miller, 1987; Heat, 2007; Lipset, 2001)

La *escuela económica o de elección racional* es la última de las tres principales tradiciones teóricas del comportamiento electoral. Desde la elección racional se ha presentado un interés por analizar la abstención a través de concepciones que en su inicio se utilizaron para la economía, con Downs como uno de los primeros autores que contribuyó a este objeto de estudio (Carmines y Huckfeldt, 2001; Harrop y Miller, 1987; Heat, 2007). Sus análisis se delimitan de tal forma que se encargan de la tarea de investigar cómo operan las preferencias para llegar a convertirse en actos y cómo bajo la idea del individuo racional y estratégico, es posible comprender la presencia de la abstención.

Por los aportes de este enfoque sobre el tema de la abstención y, principalmente, por ofrecer un marco teórico que no se restringe a apreciar el conjunto de *inputs* que derivan en *outputs*, sino a tratar de explicar cómo se relacionan los mecanismos del sistema (Evans, 2004), es que se opta por hacer uso de esta teoría para esta investigación. Para continuar, primero se hará mención de las principales características bajo las que se sostiene la teoría de la elección racional, para después asociarla con la investigación de la abstención.

Una de las bases para entender este enfoque, es a través de aclarar el concepto de racionalidad, que sin mayor debate, se centra en una definición que toma como referente la perspectiva económica, por lo que se rechaza su uso bajo las concepciones de otros enfoques o ramas científicas, como la psicología. Con esta postura, la racionalidad se entiende como el proceso por el cual se busca alcanzar un resultado con el menor uso posible de recursos (Downs, 1973).

Lo anterior quiere decir que cuando a los individuos se les ofrecen distintas opciones, de ellas escoge la que más prefiere, pues creen que su beneficio aumentará al consumir esa opción y no otra, pero debe buscar la forma en que el costo que implica ese consumo, sea el más bajo. Entonces, como las acciones se juzgarán como racionales, a partir del uso eficiente de los recursos al emplear los medios más apropiados para lograr una finalidad, no se critica si buscar determinados fines es más o menos racional, sino que estos se basen en seguir el camino que maximice la utilidad (Downs, 1973).

A diferencia de las escuelas anteriores, en esta teoría se asume que los individuos tienen preferencias, las cuales se acepta provienen de distintas fuentes, pero no se ocupa en averiguar cómo cada sujeto llega a preferir algo. Es así que hay que destacar que está presente la premisa de que cada individuo ordena jerárquicamente las opciones que se le presentan, desde la más atractiva hasta la que menos le agrada. Sus deseos, creencias y valores son los *inputs* que generan ese ordenamiento de preferencias, y con base a éste es que se determina el comportamiento de los individuos (Aldrich, 1993).

Aunado a lo anterior, hay dos propiedades que permiten que el ordenamiento de preferencias siga cierta lógica. La primera es la comparabilidad, donde las comparaciones son completas, lo que significa que dada la presencia de dos o más opciones, todas pueden ser comparadas en pares, en términos de preferencia o indiferencia, y ningún elemento presente es inmune a ser comparado: la opción x es preferida que y (xP_iy), o x es indiferente a y (xI_iy) (Shepsle y Bonchek, 2005).

La segunda propiedad es la transitividad, con la que se evita la existencia de ciclos. Cuando hay una relación de preferencia o indiferencia entre dos opciones, la segunda mantiene una relación con una tercera opción, a su vez esta última se relaciona con la primera, tal que: x es preferido a y (xP_iy), y es preferida a z (yP_iz), así que x es preferida a z (xP_iz); o xI_iy , yI_iz/xI_iz (Shepsle y Bonchek, 2005).

Después de que los individuos ordenan jerárquicamente las opciones, con base en las propiedades expuestas, adoptan una decisión y la acción que emprenden es la superior en su escala de preferencias, (Downs 1973; Shepsle y Bonchek, 2005). El problema de esta idea es que los individuos no siempre son capaces de elegir, de entre todas sus opciones posibles, la que le brinde la mayor ganancia, ya que otros eventos están involucrados en la trayectoria del resultado, entre ellos están las decisiones que toman otros actores (Chwaszcza, 2013).

Una de las ramas de la elección racional se ha dado a la tarea de integrar la probabilidad de que un resultado suceda, a partir de la interacción de los individuos. Esta rama es la teoría de juegos, en donde la racionalidad ya no sólo involucra un proceso de elección de las opciones del mercado, sino que se contempla la importancia de que un individuo actúe a partir de lo que cree harán los demás jugadores, es por eso que son vistos como actores estratégicos (Chwaszcza, 2013).

Cuando los individuos valoran las acciones que pueden realizar otros actores, puede tener una probabilidad subjetiva de las posibilidades de que acontezca el evento que más desea. Sin embargo, si éste es muy poco probable que suceda, puede ajustar sus estrategias para lograr que se dé el resultado más factible y próximo a sus preferencias (Chwaszcza, 2013). Esos procesos de interacción a veces llevan a decisiones no óptimas, en tanto los actores tengan intereses diferentes o carezcan de certeza de si el resto de los individuos cooperan para alcanzar el mismo resultado³, lo que entraña en el problema de la acción colectiva.

³ Un ejemplo de este escenario, es el clásico juego del dilema del prisionero, en donde los dos jugadores participantes obtendrían un mayor pago si ambos cooperan, pero para ambos la

En la lógica la acción colectiva, si un individuo sabe que las ganancias de un resultado son públicas, se reducen sus incentivos para asumir el costo de participar, ya que va a disfrutar por igual de un bien o servicio de la misma forma que lo puede aprovechar cualquier otro sujeto del mismo grupo social, aunque el primero no participe en su obtención y el segundo sí. Por el contrario, cuando el bien o servicio que se busca no es alcanzado, se asume un costo por cooperar, sin ningún beneficio, pero si no se coopera, aunque no se obtenga el beneficio, tampoco un costo (Olson, 1998). Esto se puede ilustrar en la Tabla 1.2:

Tabla 1.2. Acción colectiva

Perfiles de estrategias	Resultados	Pagos
(Cooperar, Cooperar)	Se obtiene el beneficio	(B-C, B-C)
(Cooperar, No cooperar)	Se obtiene el beneficio	(B-C, B)
(No cooperar, Cooperar)	Se obtiene el beneficio	(B, B-C)
(No cooperar, No cooperar)	No se obtiene el beneficio	(0, 0)

B: Beneficio obtenido; C: Costo de participar; 0: Ninguna ganancia ni pérdida.

Relación entre los posibles pagos: $B > B - C$; $C > 0$

Fuente: elaboración propia.

Un jugador racional que busca maximizar su utilidad ha de preferir no cooperar, pues como lo indica la Tabla 1.2, está mejor cuando toma esa decisión, ya que $B > B - C$. El problema es que, bajo esta lógica, todos los individuos tenderán a no cooperar si es posible conseguir B y evadir C, lo que resulta en una nula cooperación y por consiguiente, no se obtiene el beneficio. Ante la falta de una garantía de que todos participarán, es mejor no cooperar, pues dudosamente los jugadores en individual podrán conseguir el beneficio, por lo que es mejor no tener pérdidas a través de la carga de los costos ($C > 0$).

estrategia más conveniente es no cooperar, aunque el resultado no necesariamente termine por ser el más óptimo (Chwaszcza, 2013).

1.5. Comportamiento racional en las elecciones

Una vez planteadas las nociones preliminares de la teoría de la elección racional, es momento de examinar cómo este enfoque permite estudiar el comportamiento de los individuos en las elecciones. Para llevar a cabo esto, se esbozará un modelo básico que tome en cuenta los postulados de dicha teoría e introduzca al estudio de la abstención como una acción que responde a una lógica racional, por lo que se toma como referente uno de los primeros modelos que abonó al campo de estudio, que fue el elaborado por Downs (1973).

Para empezar, hay que establecer las reglas básicas de las elecciones, para lo que se ha de rescatar lo ya dicho en las páginas anteriores. En una elección democrática, los únicos individuos que pueden participar son los electores, identificados por su presencia en el padrón electoral, que los hace los actores principales del modelo. Todos ellos cuentan con un voto, lo que hace que nadie tenga mayor capacidad de influir en los resultados a través del sufragio.

El objetivo de las elecciones es formar un gobierno y específicamente para este modelo, para elegir al presidente de la república, por lo que sólo existe la posibilidad de que haya un ganador del cargo. Cada elector tiene ordenadas sus preferencias en cuanto a los candidatos que se presenta a la contienda electoral, de manera que cree obtendrá una mayor, igual o peor utilidad si gana alguna de esas opciones. Entonces, los motivos por los que ordenan de determinada forma sus preferencias es por las expectativas del beneficio que esperan obtener, por ejemplo, sea porque creen que un partido o coalición en el gobierno va a implementar políticas o programas que se vinculen con sus intereses, gestionará mejor los recursos públicos, o porque reformará o impulsará ciertas leyes.

Como se asume que el elector racional, actuará para que se produzca el resultado que prefiere, en este caso, que su primera preferencia (el candidato que cree le proveerá una mayor utilidad o por lo menos lo dejará satisfecho), sea la que gane en la elección presidencial. Los electores tienen la posibilidad de decidir entre participar o abstenerse, pero es a través de la primera que los electores pueden

incidir en los resultados, por lo que se debe entender que desde la óptica de la elección racional, el voto se ve de manera instrumental, de modo que el elector lo utiliza como un medio para lograr sus objetivos (Aldrich, 1993; Harrop y Miller, 1987).

Participar suena como una acción racional si permite que los electores logren hacer que su primera preferencia gane la presidencia, pero la cuestión está en que el voto no es gratuito, de tal modo que Downs (1973) considera que el voto tiene un costo, producto de los insumos que los individuos requieren para votar. La adquisición de información es uno de esos costos, pues se necesitan invertir recursos para obtenerla, así como tiempo para consumirla y asimilarla, para poder decidir por quién votar. Posterior a esto, el elector debe asumir el costo del tiempo que involucra presentarse a las urnas para poder sufragar.

Por suerte, para los electores los resultados no dependen de un solo individuo, ya que no existe certeza de que el escenario preferido se cumpla por la decisión de una sola persona. Es así que la elección tiene que pensarse como un proceso de interacción entre actores, reglas y contextos. El juego contiene probabilidades de sucesos y un grado de incertidumbre de que un objetivo se cumpla (Shepsle y Bonchek, 2005).

Similar al problema de la acción colectiva, una regla que está presente en las elecciones democráticas, es que quien obtenga la victoria llevará a cabo la gestión del gobierno para todos los habitantes que representa. No se implementarán acciones gubernamentales que sólo puedan ser aplicadas sobre los que votaron a favor del ganador de la elección. Los bienes y servicios públicos, potencialmente, llegarán a todos y no se les negarán por sus preferencias políticas.

El elector puede obtener un mayor beneficio si el candidato de su primera preferencia gana, pero en este escenario le es conveniente no votar para evitar la inversión de recursos al participar. Si el candidato que apoya pierde y el individuo votó, el elector habrá tenido que asumir el costo de participar, en cambio, si no lo hizo, su ganancia y pérdida es igual a cero.

Por otra parte, aunque su candidato preferido pierda, de igual forma obtendrá los beneficios (o males) posteriores de cualquier candidato llegue a la presidencia, aunque no haya cooperado para esa victoria electoral. En concordancia con esto, los pagos pueden pensarse con la suma de la utilidad que recibirán de la gestión de ese partido en el gobierno, es decir, de cualquier forma se obtienen los bienes y servicios que provea el gobierno.

En el escenario donde no gana la primera preferencia del elector, al votar se obtienen los beneficios de la gestión gubernamental más los costos y al abstenerse sólo se consiguen los primeros y se evaden los segundos, por lo que nuevamente no votar es la opción más eficiente. De igual forma, si el elector cree que existe una “mala” gestión, la estrategia conveniente no cambia, pues si se vota, además de una utilidad negativa, se asume el costo de participar.

Aparte de los puntos anteriores, existen electores a los que le resulta indiferente el candidato que gane, pues creen que cualquiera de las opciones le brindará la misma utilidad, es mejor que no asuma el costo de participar, ya que aun teniendo capacidad de incidir en los resultados, su utilidad no mejora ni empeora si gana uno y no otro de los aspirantes a la presidencia (Downs, 1973).

Con base en todo lo argumentado, a menos que los beneficios sean mayores que los costos, no sería racional votar. Sin embargo, como los individuos saben que otros electores sufragarán, los primeros se abstendrán para no afectar su utilidad con los costos de participar, pues pueden pensar que su apoyo no es necesario, debido a que su voto es tan sólo uno de miles, que disminuye su potencial para modificar los resultados (Downs, 1973).

Las ideas del modelo muestran que aparentemente la abstención siempre es racional. El no asumir el costo de participar parece ser la mejor opción, más aún cuando sólo se cuenta con un voto del mismo valor que el de todos y se sabe que es baja la probabilidad de que una persona defina el resultado, así que hay un motivo para no participar. En problema de esta lógica, es que todos los electores pensarían lo mismo y por ende no participarían en las elecciones, sin embargo, a

nivel empírico se da un hecho paradójico, en donde sólo una proporción de electores se abstienen.

No es de sorprender el hecho de que no todos los electores se abstengan, cómo se dijo, son demasiadas las variables que intervienen en la conducta de los electores. Por algún motivo los electores participan, Carmines y Huckfeldt (2001) opinan que tal vez el votar se valora por sí mismo, pero no significa que los electores siempre vayan a participar, es decir, su preferencia por hacerlo no es absoluta, sino que puede ser afectada por diversos factores, entre ellos, el costo de participar.

El costo puede no ser lo que define la falta de participación, pero sí una posible causa que incide en que disminuya la disposición de los electores por votar. Es así que, aun cuando el postulado de los costos de participar pueda tener críticas, no deja de ser una herramienta útil para analizar la abstención. Como el objetivo de la investigación no es una descripción densa, se puede insistir en continuar sobre la línea de la elección racional, pero con el cuidado necesario para no forzar los argumentos.

Ahora bien, se ha de advertir que este primer capítulo tuvo la intención de introducir al estudio de la abstención, particularmente a través del enfoque de la escuela económica. Sin embargo, tampoco se busca simplemente observar los niveles de abstención presentes en diferentes elecciones. Lo que realmente despierta y alienta el desarrollo del trabajo, es apreciar la manera en la que se comportan las variaciones de la abstención entre dos rondas de votaciones de una misma elección.

Lo expuesto hasta el momento resulta útil para cumplir con la meta de estudiar la abstención en los sistemas electorales de segunda vuelta, pero hay que aclarar que el modelo basado en los costos de participar está pensado para las elecciones con una sola ronda de votaciones, lo que no quiere decir que no pueda ser trasladado a los sistemas electorales de segunda vuelta. Para hacer esto, se necesita ser más explícito en cómo se sugiere que operan los mecanismos para

que exista una relación entre la segunda vuelta y la abstención, por lo cual el resto la investigación abordará dos puntos, el primero será analizar la idea de los costos en la participación electoral. El segundo será incluir variables mediadoras en los procesos de la toma de decisiones racionales para optar por votar o abstenerse.

Capítulo 2

El elector racional en el sistema electoral de segunda vuelta

¿Tiene algún impacto el sistema electoral sobre el comportamiento de los individuos? Como se mencionó de manera escueta en el capítulo anterior, las instituciones pueden tener efectos sobre el comportamiento electoral, la cuestión está en descifrar la manera en la que funciona la relación, para lo cual el trabajo se apoyará en la teoría de la elección racional. Elementos esenciales para proponer un modelo para el análisis desde dicho enfoque, específicamente de la rama de la teoría de juegos, son los actores/jugadores involucrados, la cartera de decisiones posibles, y los pagos que se obtienen de cada acción (Fernández, 2010). Ahora vale la pena anexar las reglas del juego y su incidencia en la toma de decisiones.

En esta investigación ya se ha dicho que los jugadores del modelo son los electores, se estableció que sus acciones se concentran en participar o abstenerse, de igual forma, se mencionaron los pagos que obtienen de sus decisiones. Sin embargo, el modelo se planteó para elecciones de una sola vuelta. Los sistemas electorales con la posibilidad de una segunda vuelta, permiten revisar qué pasa en el comportamiento de los electores cuando se agrega una nueva ronda para las votaciones. Es así que se pretende observar qué tan sostenible es la idea de un elector racional que prefiere abstenerse o si existe algún cambio con una segunda vuelta.

La pregunta que surge al cuestionar el efecto de las instituciones sobre el comportamiento electoral es ¿la segunda vuelta electoral presenta tasas de abstención mayores a las de la primera vuelta? La hipótesis es que las tasas de abstención aumentan en la segunda vuelta. Para contestar la pregunta, el estudio

procederá a ofrecer una argumentación en torno a cómo se relacionan estos elementos, para posteriormente presentar evidencias para contrastar la hipótesis

2.1. Sistema electoral de segunda vuelta

Los individuos racionales toman decisiones apoyados en la información que disponen, es un insumo que les permite elegir, entre sus opciones posibles, una estrategia que crean conveniente para sus fines. Las instituciones son reglas estables que aplican para contextos determinados, “proveen información, oportunidades, incentivos y restricciones” (Colomer, 2001, p. 16). Los individuos pueden realizar sus cálculos estratégicos con base en los márgenes de maniobra, los límites y las posibilidades que proporcionan las instituciones.

Las estrategias no sólo son el resultado de la interacción entre individuos, sino también el producto de cómo estos actúan al tomar en cuenta las reglas que regulan el juego. Las expectativas que se tienen sobre cómo se comportarán los actores se pueden deducir con ayuda de las reglas institucionales, como más adelante se examinará. Para el enfoque de la elección racional, las instituciones son un componente de utilidad para entender cómo se estructuran las interacciones, además de brindar información para conducir las estrategias (Hall y Taylor, 1998).

Los sistemas electorales funcionan como instituciones para la regulación de los procesos electorales. A través de sus reglas, entre otras cosas, se presentan normas sobre las áreas que conciernen a la votación. Los electores expresan sus preferencias por medio de las elecciones, los sistemas electorales dan las pautas para que los votos se traduzcan en cargos de gobierno (Nohlen, 2007), es decir, señalan los requisitos para que los candidatos puedan ser acreedores de la victoria en la contienda electoral.

Si bien los sistemas electorales no son las únicas instituciones que influyen sobre los electores, sí marcan parte de los espacios de libertad para la acción, con los cuales se definen situaciones y condicionan las estrategias de los individuos

(Nohlen, 1995). Las características técnicas de estas regulaciones se toman en cuenta por advertirle al elector qué pasará con su voto si decide participar, de forma que anticipe los posibles resultados y considere sus estrategias basadas en el efecto de las reglas sobre sus opciones.

Para expresar la manera en la que la elecciones con posibilidad de una segunda vuelta afectan las acciones de los electores, cabe primero señalar los elementos normativos que caracterizan a este tipo de sistema electoral. De manera general, las elecciones presidenciales (excluyendo a las legislativas) de segunda vuelta, también conocida como *ballotage*, son aquellas en las que se establece un umbral mínimo de votos que debe ser alcanzado por algún candidato que se encuentre en la contienda electoral, de no ser logrado, se deberá efectuar una nueva ronda de votaciones (Payne y Allamand, 2006).

Normalmente el tipo de mayoría que se utiliza para determinar al ganador de las elecciones, es la mayoría absoluta (50%+1), pero también existe el umbral reducido, en donde la proporción de votos exigido es menor que en la mayoría absoluta, por ejemplo, se puede ganar con un 45% o 40% con una diferencia de al menos 10% sobre el segundo lugar. En el *ballotage* sólo pueden competir los dos candidatos que obtuvieron el mayor número de votos en la primera vuelta⁴ (Payne y Allamand, 2006).

Se destacan dos modalidades de segunda vuelta: una que no necesariamente requiere de la participación ciudadana y otra que sí. La primera se puede encontrar en el caso europeo, en donde Francia introdujo en 1851 la segunda vuelta congresal, es decir, una votación por parte de los legisladores que no requería volver a convocar a los electores para una nueva votación ciudadana, en cambio, esta entidad asumía la decisión, un tanto parecido a selección del primer ministro de los sistemas parlamentarios. En América Latina también se adoptó la segunda vuelta congresal a finales del siglo XIX y parte del XX, entre los países

⁴ El método de la segunda vuelta también ha llegado a admitir más de dos candidatos en la segunda vuelta (Emmerich, 2003), una modalidad más laxa que no será tratada por estar ausente en los casos que aquí se abordarán.

que lo utilizaron está Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua (Colomer, 2001; Crespo, 2009).

La segunda vuelta congresal hace que el resultado se sujete al comportamiento de los legisladores, lo que impide que éstas sirvan como hechos de análisis para el estudio del comportamiento de los electores en el *ballotage*. En cambio, en el segundo formato, se convoca nuevamente a una segunda ronda para que los electores voten y la victoria se decide por medio de mayoría simple, por lo que basta con ser el candidato más votado (Payne y Allamand, 2006).

2.2. La segunda vuelta electoral en América Latina

Algunos países de América Latina pasaron por procesos políticos en donde una parte de su historia pasó por el gobierno de dictaduras. Al dar nuevamente un giro hacia los regímenes democráticos, se integraron mecanismos que permitan la elección de un presidente que logre una alta legitimidad en las votaciones, he de ahí un motivo por el cual la segunda vuelta se extendió en este territorio (Crespo, 2009; Emmerich, 2003).

América Latina ha incluido la segunda vuelta principalmente para las elecciones presidenciales, a diferencia de las experiencias europeas, que en su mayoría al ser gobiernos parlamentarios, centran su atención en las elecciones legislativas. Desde finales de los años setenta se producen las reformas que abrieron paso al sistema electoral de segunda vuelta, con excepción de Costa Rica que ya contemplaba el método de una segunda ronda de votaciones desde 1936 (Crespo, 2009), pero no la utilizó hasta el año 2002, donde por primera vez nadie alcanza el umbral requerido para ganar.

Que los países de América Latina anexaran a sus sistemas políticos la segunda vuelta, permite recabar evidencia para indagar si existe una asociación entre el sistema y el comportamiento electoral. El periodo de análisis se delimita desde que se efectúa la primera elección presidencial democrática que ha implementado la segunda vuelta para definir un ganador, que fue en 1978. Para fines prácticos,

se hace un corte en el 2016, último año sobre el que, al empezar a realizar este trabajo, se tenía certeza de haberse aplicado este método para la contienda presidencial.

En América Latina, en el periodo que abarca esta investigación, 13 países cuentan entre sus leyes con la segunda vuelta en alguna de sus modalidades para la elección presidencial (Payne y Allamand, 2006). De 1978 a 2016, en 10 países se ha exigido la mayoría absoluta en la primera vuelta. Para el caso de Bolivia, la modalidad de la segunda vuelta era congresal, pero en 2009 se reformó este método y el resultado de la segunda ronda paso a depender de la votación de los electores (Torrice, 2014), como lo hacen los otros 13 países, pero ninguna elección la ha requerido desde entonces. Excepcionalmente, para las elecciones de Perú en 1980 la segunda vuelta también era congresal, pero no se necesitó, cabe señalar que el umbral de votos requeridos era del 36% (Emmerich, 2003), hecho que facilitaba ganar en la primera vuelta.

En Ecuador se usaba exclusivamente la mayoría absoluta, pero, desde 1998, en la primera vuelta también se puede ganar con un el 40% de votos si se tiene una ventaja mínima del 10% sobre el segundo lugar. Los tres países restantes igualmente aplican la regla del umbral reducido, sólo Nicaragua ha bajado aún más el umbral que establecía⁵ (Payne y Allamand, 2006). Aunque son trece el total de países de América Latina con un sistema electoral de segunda vuelta, sólo once países han efectuado el *ballotage* para decidir al ganador de la presidencia, algunos con más frecuencia que otros.

Los once países que componen el estudio son Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Perú, República Dominicana y Uruguay. Entre esos once países y sin contar las segundas vueltas congresales, de 1978 a 2016, se han realizado 43⁶ elecciones con una segunda ronda de

⁵ En 1999, del 45% de votos necesarios para ganar la elección presidencial, se pasó a exigir el 40% o el 35% con una ventaja del 5% sobre el segundo lugar (Payne y Allamand, 2006).

⁶ El Salvador en 1984 también hubo una segunda vuelta electoral, pero no se logró rastrear el padrón electoral de ese año, que tal vez se debe a la falta de una administración electoral eficiente que cubriera en censo de los individuos con derecho a participar en los comicios. Como no se

votaciones, mismas que conforman una base de datos panel. Como algunos de estos países han utilizado escasamente la segunda vuelta, existen más observaciones para unos casos que para otros (véase Apéndice A). En otras ocasiones también se requería del ballottage para decidir al ganador, pero algunos candidatos declinaron y por ende ya no fue necesaria una nueva votación⁷.

2.3. Efecto de la segunda vuelta

Precisadas las reglas básicas del sistema electoral de segunda vuelta, es momento de exponer su nexos con la abstención a la luz del modelo esbozado en el primer capítulo. La abstención es una acción racional porque evita que el elector asuma los costos de participar, cabe recordar que cualquier individuo puede disfrutar de los bienes y servicios que brinda el gobierno a partir de su gestión, aunque haya votado o no por el partido en el gobierno, Downs (1973) lo ilustra de manera simple con la siguiente ecuación:

$$1) U=f(A)$$

En donde la utilidad que obtiene cada elector está en función de las acciones emprendidas durante la administración del gobierno en turno. En los periodos electorales, el individuo cree que obtendrá para la próxima administración una mayor, menor o igual utilidad según sea el candidato ganador. El elector ordena sus preferencias a partir de la renta que espera conseguir con cada uno de los postulantes para el cargo presidencial, que en la segunda vuelta se limita a dos contendientes.

Downs (1973) utiliza el concepto de “diferencial esperada de partido”, que en sistemas bipartidistas sirve para denominar al beneficio que se obtiene de la resta de la utilidad esperada del partido *A* menos la utilidad esperada del partido *B*, y con el mismo procedimiento se calcula la diferencia para los dos partidos con

cuenta con esa información, para evitar un sesgo en la investigación, se optó por descartar esta elección del análisis.

⁷ Entre las elecciones que nunca llegaron a tener la segunda vuelta, pese a que ningún candidato alcanzo el umbral que exige la ley, está Argentina en el 2003, Perú en 1985 y República Dominicana en el 2000 (Emmerich, 2003; Relea, 15 de mayo de 2003).

mayores probabilidades de ganar una elección en los sistemas multipartidistas. En algunos casos los contendientes compiten en coaliciones y no en solitario, debido a esto, por comodidad en este trabajo se usa más el concepto candidatos antes que el de partido, por lo tanto, se optará por utilizar el término diferencial esperado de candidato (DEC). Los valores para cada candidato se basan en el ordenamiento de preferencias de cada individuo, en notaciones del mismo autor, la ecuación se expresa así:

$$2) E(U^A_{t+1}) - E(U^B_{t+1})$$

Mientras mayor sea el valor del DEC, mayor es la utilidad que un individuo cree que obtendrá si gana su candidato favorito. Esto es un primer incentivo para votar, ya que el elector buscará contribuir a que el candidato preferido gane para mejorar su situación, lo que lleva a que la acción colectiva no desemboque en una total abstención. Sin embargo, como se señaló en la relación de los pagos de la acción colectiva, no abstenerse genera un costo y si evadirlos es posible, aparecerán los jugadores *free rider*, que son aquellos que sólo disfrutan de los beneficios sin cooperar para su obtención.

Para que el elector se vea motivado a participar, el DEC debe ser lo suficientemente alta para hacer banal el costo de participar y por consiguiente, la renta dé un valor positivo. En caso contrario, una diferencia mínima puede llevar a la abstención. Sin adelantarse a la probabilidad de que algún candidato pueda ganar, la renta que se obtiene como producto de las votaciones se puede ejemplificar con la siguiente ecuación, propuesta por Riker y Ordeshook (1968):

$$3) R_i = B - C$$

La renta de un individuo (R_i) es el resultado de restar los costos de participar (C) al diferencial del beneficio que se obtienen cuando gana un candidato (B). En el caso de B , su contenido está dado por el DEC, adoptando el método adecuado según sea el tipo de sistema de partidos. Por su parte, el costo de participar incrementa cuando una persona invierte en obtener información, tiempo para asimilarla y

finalmente por asistir a las urnas para participar, si no se vota, el costo tiende a cero (Riker y Ordeshook 1968).

Una vez formalizado el modelo, hay que hacer las adaptaciones necesarias para que coincida con las características de un sistema electoral de segunda vuelta. Si la hipótesis propuesta es cierta, el número de abstencionistas incrementará en la segunda vuelta. La cuestión que surge, es por qué un individuo perdería interés en volver a votar.

En principio, como lo menciona Emmerich (2003, p. 93), la segunda vuelta “puede producir fatiga electoral en el ciudadano”, entonces no todos los individuos tendrán el mismo interés por volver a votar. Algunos, probablemente, no conozcan lo suficiente a los dos candidatos que pasan a la segunda ronda y no están dispuestos a conseguir y procesar información sobre ellos para posteriormente votar, por lo que pueden preferir abstenerse. Aún si de igual forma si tienen una noción sobre qué creen que implica que gane uno de los dos candidatos, tal vez ninguno les resulte lo suficientemente atractivo como para tomarse la molestia de acudir a las urnas o ambos le parecen opciones similares, es decir, B puede tender a cero. Ante este panorama, en la siguiente ecuación se trata de reflejar el efecto del *ballotage* sobre la R :

$$4) R_{it2} = B_{i2} - (C_{t1+t2})$$

Lo que se busca expresar la ecuación es que la renta de cada individuo en la segunda vuelta (R_{it2}), es igual al beneficio que espera adquirir si gana su candidato preferido en el *ballotage* (B_{i2}), menos los costos de votar, tanto de la primera como de la segunda vuelta (C_{t1+t2}). En este caso, el DEC se calcula como el de un sistema bipartidista, pues en la segunda vuelta los j candidatos que compiten son dos ($j = \{1, 2\}$). El costo de participar varía según cuántos recursos se inviertan en información y si se decide votar o no. En el caso del *ballotage*, el elector puede reducir los costos si piensa que con la información que tenía desde la primera vuelta basta para tomar su decisión.

Por otra parte, Thompson (2007, p. 281) comenta que posiblemente el aumento de la abstención en la segunda vuelta “es el resultado de un juicio de valor [del elector] que considera ‘menos importantes’ unas elecciones que otras”. Esto resulta interesante si se toma en cuenta que a veces la primera vuelta coincide con la elección de otros cargos, lo que “impregna más importancia” a esta ronda. Si la primera preferencia del votante para la elección presidencial no tenía oportunidades de ganar, de igual forma el individuo puede creer que su participación es necesaria en favor de un partido para los cargos legislativos o locales.

El *ballotage* también trae consigo una disminución en la oferta política, motivación para la abstención. No se debe perder de vista la importancia de la relación entre los partidos políticos y la participación, ya que, entre otras cosas, alientan la movilización del electorado para que voten y presentan plataformas políticas con las cuales los ciudadanos se pueden identificar (Pasquino, 1988). Cuando la segunda vuelta reduce el número de partidos que compiten, como un posible efecto, quizá los partidos que ya no están en la contienda pierdan el interés por incitar a la participación.

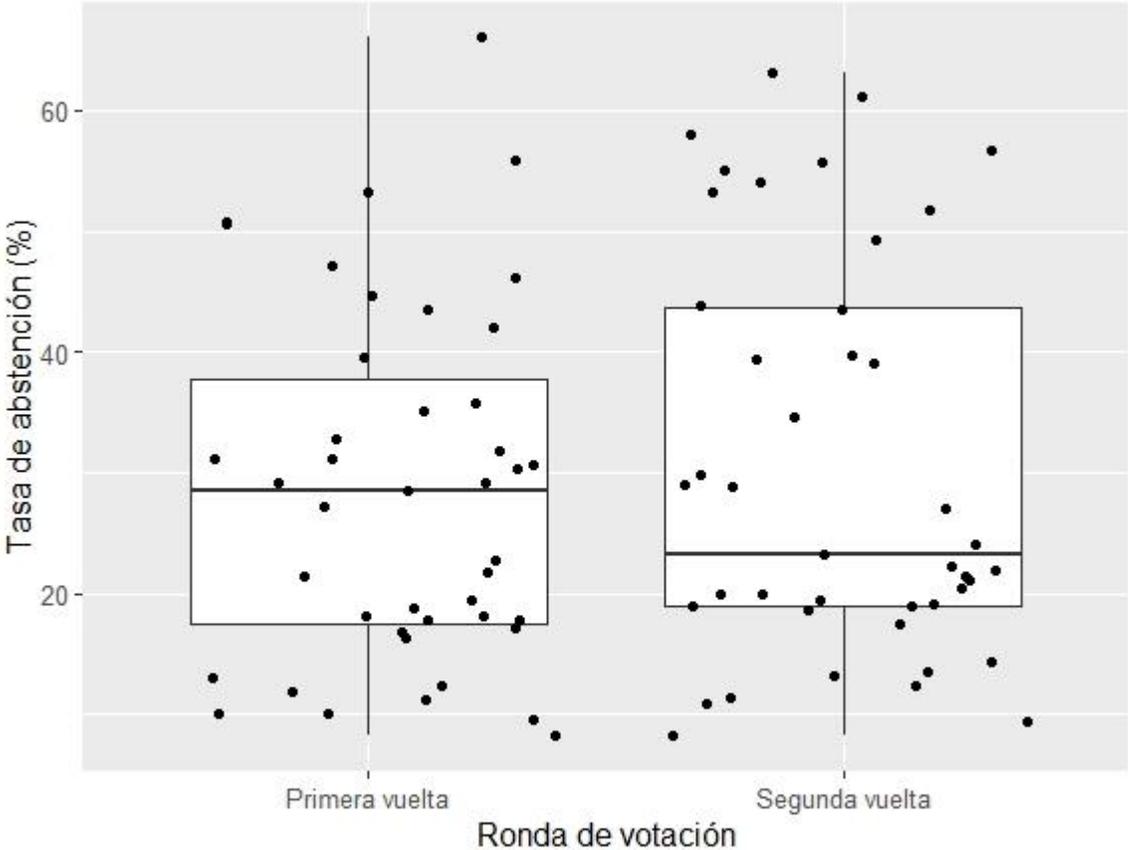
Aunado a la reducción en la oferta política, si los electores creen que los dos candidatos que compiten en la segunda vuelta no divergen nada o muy poco entre sí, es posible que aumente la abstención. Esto a causa del valor del DEC, lo que provoca que al elector le sea indiferente el resultado y por ende no se sienta incentivado para votar.

En síntesis, la segunda vuelta, aparentemente, implica más costos de participación y menos incentivos para votar. La racionalidad instrumental del individuo, en aras de maximizar su utilidad, le lleva a plantearse la idea de asumir los costos de participar en la primera vuelta si creen que es conveniente votar, pero en una segunda vuelta, sin una oferta que lo satisfaga lo suficiente, el costo de participar puede ser mayor o igual al beneficio que crea obtener si gana cualquiera de los dos candidatos. Entonces, aún si se asume el costo de participar

en la primera vuelta, al ser comparada con la segunda vuelta, la renta de la primera ronda es mayor gracias a los incentivos expuestos.

Si los argumentos concuerdan con los hechos, la hipótesis del aumento de la abstención en la segunda vuelta no resultará ser falsa. Para iniciar con la presentación de evidencia, primero se mostrará la distribución de las tasas de abstención para cada ronda electoral. La Gráfica 2.1 muestra dos diagramas de caja correspondientes a la abstención presentada en la primera y segunda vuelta para las cuarenta y tres elecciones que componen este trabajo.

Gráfica 2.1. Abstención en la primera y segunda vuelta en América Latina (1978-2016)



Fuente: elaboración propia con base en los datos del Apéndice A
 Valores de los cuartiles de la primera y segunda vuelta respectivamente:
 Min. 1st Qu. Median Mean 3rd Qu. Max.
 8.21 17.45 28.53 28.49 37.73 66.05
 8.16 18.99 23.20 30.54 43.67 63.12

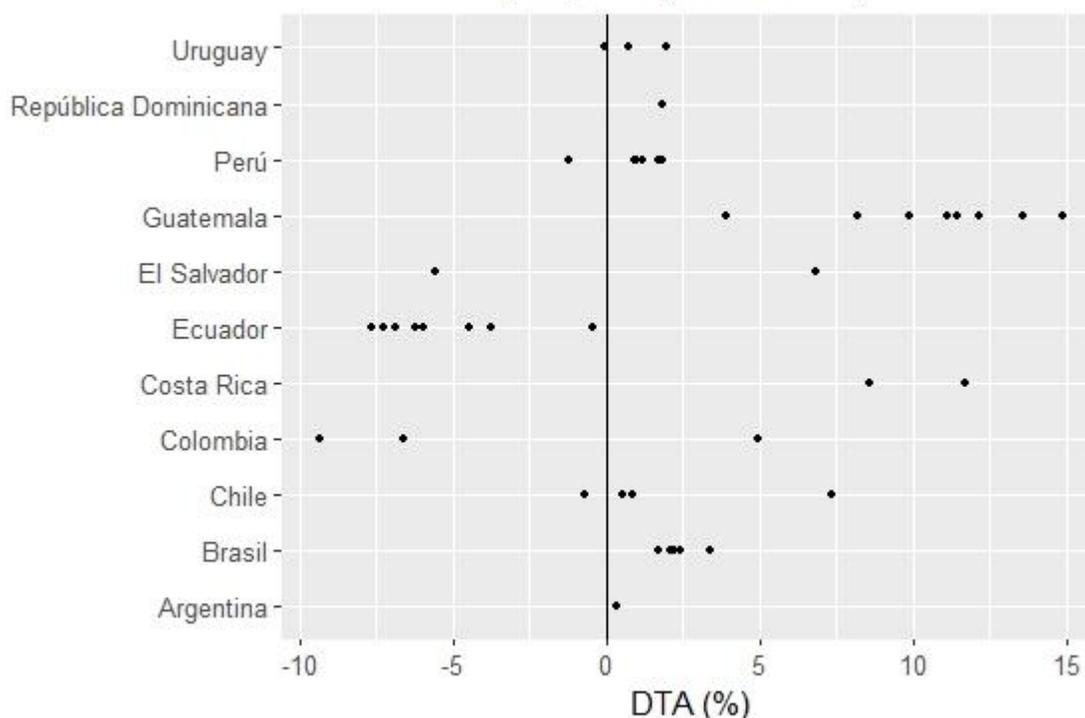
Se aprecia que el valor mínimo, la mediana y el valor máximo de la tasa de abstención en la primera vuelta son superiores a los de la segunda vuelta, sólo los valores del primer y tercer cuartil de este último son mayores. Sin embargo, los puntos que están dispersos sobre las cajas pueden afinar las observaciones de los casos. De inicio, algunos puntos por arriba del tercer cuartil de la primera vuelta, no superan o están ligeramente a la par con valores que se encuentran antes del tercer cuartil de la caja del *ballotage*.

Por otra parte, aunque sea cierto que el valor máximo de la primera vuelta es más grande, los puntos también muestran que la mayoría de los valores que se agrupan alrededor del brazo superior en la segunda vuelta, están en su mayoría a una altura superior en comparación a los de la primera ronda. Esto indica que para el último 25% de datos, la abstención es más elevada en el segundo caso.

Con esta breve descripción aún no se puede concluir si en la segunda vuelta aumenta o no la abstención, pues la gráfica sólo señala cómo se distribuyen los datos de esta variable en dos tiempos distintos, pero no si para cada una de las cuarenta y tres elecciones se registran cambios. La finalidad de presentar la información de esa manera, es para no afirmar que el *ballotage* es sinónimo de una abstención elevada, ya que no existe una tendencia clara de que una ronda tenga una tasa de abstención más alta que la otra. Sin embargo, el objetivo de la investigación es otro, que es atender a las variaciones de la abstención de una a otra vuelta.

Para saber el grado en que varía la abstención en dos rondas diferentes de la misma elección, las tasas de abstención de cada vuelta no ayudan de mucho, o complican la observación, si se les ve de manera separada. Al restar a la tasa de abstención de la segunda vuelta, la tasa de abstención de la primera vuelta, se obtiene, lo que aquí se ha optado por llamar, la Diferencia de las Tasas de Abstención (DTA), indicador más útil para el contraste de la hipótesis propuesta. Cuando el resultado sea un valor positivo significa que la abstención aumentó, por el contrario, un número con signo negativo es una disminución de la misma. La Gráfica 2.2 muestra los valores de este indicador desagregado por países.

Gráfica 2.2. DTA en América Latina
por país (1978-2016)

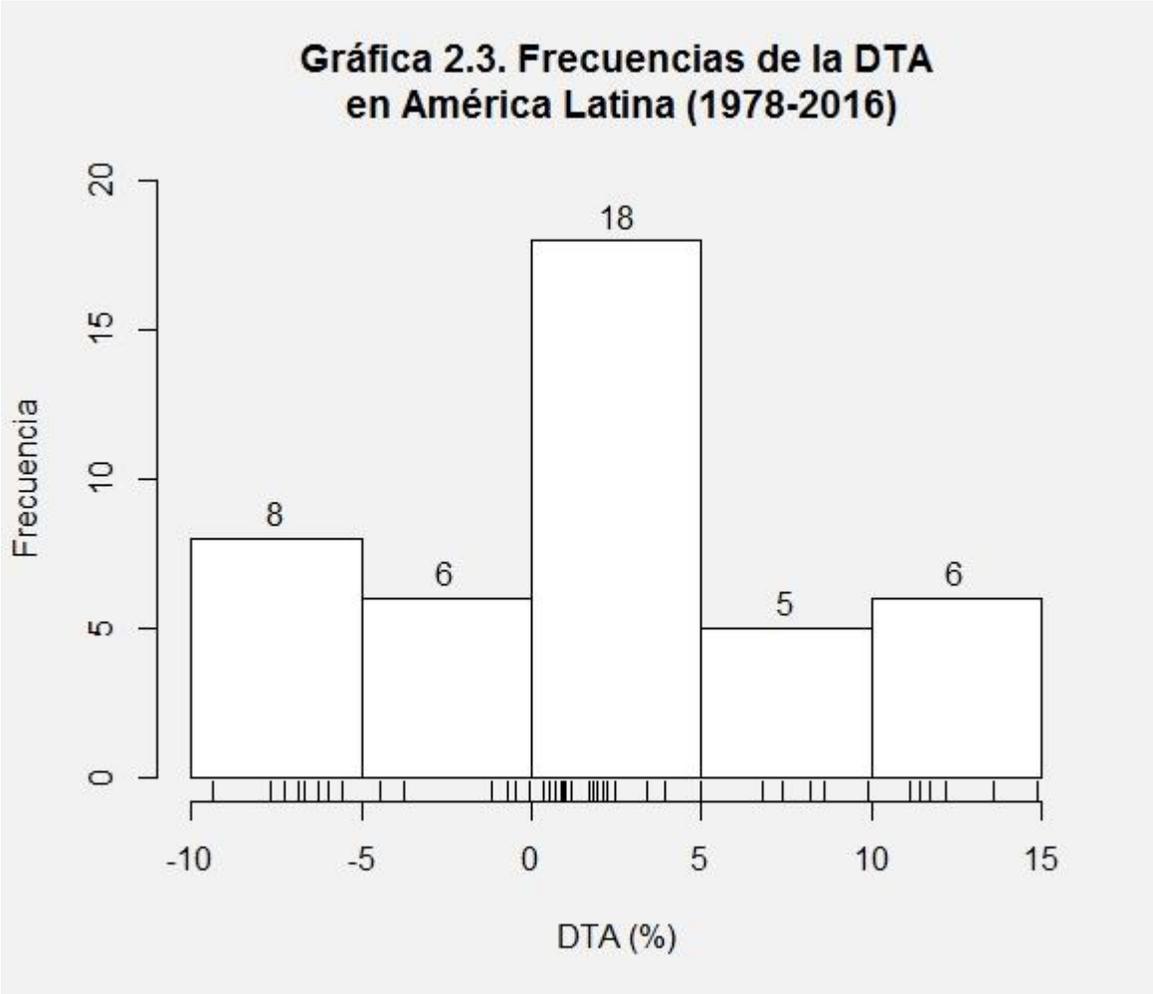


Fuente: elaboración propia con base en los datos del Apéndice A

En la gráfica se aprecia la frecuencia con la que han ocurrido elecciones con una segunda vuelta en los 11 países que aborda la investigación, en donde dicho evento es más recurrente en algunos casos, como en Ecuador y Guatemala que efectuaron un ballottage en 8 ocasiones. Argentina y República Dominicana son los casos con menores números de observaciones en el periodo analizado, con sólo una elección con doble ronda, en el primer caso tal vez se deba a la menor rigidez para definir a un ganador, a través del umbral reducido que se implementa en este país.

La distribución de los puntos indican cuando la DTA aumentó o disminuyó, de forma que la mayoría de los datos están a la derecha del 0, es decir, las tasas de abstención incrementan en la segunda vuelta. De momento se sostiene la hipótesis de que una segunda vuelta induce a una mayor abstención, pero también revela que lo contrario también puede suceder, de tal forma que

participación es a veces superior en el *ballotage*. Falta explorar más en los datos para comprender por qué dos eventos opuestos pueden suceder, así que se continuarán analizando las observaciones, para tal efecto se revisa la siguiente gráfica que resume la información disponible.



Fuente: elaboración propia con base en los datos del Apéndice A.
 Frecuencias relativas (fr) en porcentajes para cada barra: 18.60%, 13.95%, 41.86%, 11.62%, 13.95%

La Gráfica 2.3 ilustra cómo se distribuyen las frecuencias en cinco marcas de clase que agrupan los valores en intervalos del 5%. Los números arriba de cada barra son sus correspondientes frecuencias absolutas (fa), las líneas verticales debajo de cada barra reflejan las posiciones de los valores de la DTA para cada elección y dónde están más concentrados.

En la gráfica se muestra que la marca de clase con valores >0 y ≤ 5 es la de mayor frecuencia, 18 elecciones están entre ese intervalo de abstención, que equivalen al 41.86% del total de casos observados ($n=43$) en su frecuencia relativa (fr), que son casi la mitad de los casos. La frecuencia absoluta acumulada (faa) de las dos primeras marcas de clase es de 14, con una frecuencia relativa acumulada (fra) de 32.55%, es decir, en menos de la mitad de las elecciones se reduce la DTA en la segunda vuelta electoral. Su contraparte da por resultado una faa de 29 y una fra de 67.43%. Con esta información, la hipótesis resulta acertada en la mayoría de los casos.

Por otra parte, tampoco parece que existan valores atípicos, pues la forma que toma el histograma en la Gráfica 2.3 no muestra ningún sesgo visible, el valor del coeficiente de asimetría es de 0.2306, incluso la media (1.93%) y la mediana (1.71%) de la DTA no están demasiado separadas entre sí. Esto es interesante, ya que la hipótesis no es refutada por los 43 casos, pero el incremento de la abstención se concentra en un valor que no es demasiado elevado, en las líneas verticales debajo de las barras del histograma es más nítida la dispersión de los datos. Esto empieza a dar indicios que el costo de participar en una segunda ronda de votaciones no necesariamente alienta a una amplia proporción de votantes de la primera vuelta, a volverse abstencionistas en la segunda.

Si bien los datos indican que existe una tendencia al incremento de la abstención en la segunda vuelta, no queda claro por qué no todos los casos se sujetan a la hipótesis y, más aún, por qué algunas elecciones no sólo no se ajustan a la hipótesis, sino que la contradicen, pues la participación aumenta. Cuatro cosas se pueden decir al respecto: 1) existen argumentos *ad hoc*; 2) se sobrestima el costo de participar; 3) en el modelo no se consideran motivaciones para la participación; 4) no todos los electores son iguales.

2.4. Problemas con el modelo

Como se mostró, el modelo que se propuso no se sostiene en todos los casos, pero esto no significa la necesidad de ser descartado de inmediato. Se debe

recalcar que el modelo no es una imagen fiel de la realidad, sino la abstracción de elementos que permitan simplificar su comprensión. Cuando el modelo no logra tener la suficiente precisión para explicar por qué suceden los hechos como suceden, es necesario rastrear cuál es la falla y replantear las ideas para hacer los arreglos adecuados (Chwaszcza, 2013). Es por eso que ahora ha de pasarse a reflexionar sobre los cuatro puntos señalados anteriormente que tal vez ayuden a mejorar el modelo.

El primer punto es relacionado a los argumentos *ad hoc*. La hipótesis de la investigación sugiere que en cada elección que se realice una segunda vuelta se experimentará un aumento en las tasas de abstención, en comparación con la primera ronda. En el modelo se trató de formular una serie de argumentos que provean una coherencia lógica, con lo que se expresa que la segunda vuelta produce nuevamente el costo de participar, además de carecer con los incentivos para votar de la primera vuelta.

Los argumentos se ajustaron a la situación, para poder justificar por qué se presume que los electores podrían encontrar atractiva la acción de abstenerse. Aunque la hipótesis probó no ser falsa en la mayoría de los casos, se refuta más de una vez. Entonces, no se puede sólo asumir que hay más costos y que no existen incentivos para participar, en cambio, es más probable que la hipótesis no se sostenga porque se omiten elementos indispensables para la comprensión de lo que en realidad sucede.

Los argumentos erigidos *ad hoc*, sirvieron para darle sentido a la hipótesis, pero no se ofreció evidencia de cuánto impactan los costos y la reducción de incentivos para votar sobre la abstención. Antes de pasar a formular nuevos planteamientos, se abordará un poco más sobre el tema de los costos de participación, esto para emitir otros razonamientos por los cuales es necesario no dejar que la explicación de las variaciones de la DTA descansa sobre lo ya dicho.

El segundo punto es la sobrestimación del costo de participar. En la ecuación número 4 se incluyeron los costos de participar en la segunda vuelta, que se

consideran valores negativos para la renta que el elector espera obtener. Esto se consideró como una motivación para la abstención, pero si sólo una fracción de los votantes de la primera vuelta decidió cambiarse al lado de los abstencionistas, quizá es porque el participar tiene un bajo costo. Aún más, si los electores ya votaron una vez, puede que ya tuvieran información sobre los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta y, como ya se explicó, el costo de informarse ya no requiere una gran inversión.

Por otra parte, si el individuo piensa a futuro y considera los años que comprenderá el periodo presidencial del ganador, los costos de participar pueden ser irrisorios al compararlos con los beneficios que obtendrá en el tiempo de la administración al mando. El incentivo de lograr que la primera preferencia gane, puede superar aún los costos de participar una segunda vez. El efecto consecuente es una menor probabilidad de que los electores se vuelvan abstencionistas en el *ballotage*.

El incremento en la DTA puede que sea mayor en las elecciones donde haya individuos que se informaron menos en la primera vuelta o en donde a los electores les importe su utilidad inmediata. Empero, estas ideas sirven más como hipótesis para justificar porque la abstención tiene una pequeña variación de una a otra ronda electoral, pero no se prestan como evidencia empírica para aceptar el argumento. Además, en esta investigación se carece de datos para contrastar estos argumentos, aunque permiten avanzar sin pensar que los costos de participar siempre son los mismos o que explicarán y determinarán, por sí solos, las variaciones de las tasas de abstención.

Por lo anterior, es conveniente aportar variables independientes que se puedan enfrentar a los hechos. Para este fin, se agregarán al modelo dos nuevos elementos que señalen por qué el elector no se abstuvo en la segunda vuelta. Lo que lleva al tercer punto: en el modelo no se consideró la existencia de motivaciones para la participación. Se indicaron incentivos que inducen a participar en la primera vuelta, pero que desaparecen en la segunda ronda, pero

por qué no debería de existir también en esta última otros insumos que también motiven la participación.

El primer elemento es un tanto más sencillo de introducir, por su simpleza al tratar de explicar por qué la gente participa. Desde la Tabla 1.1 ya se adelantaba el amplio repertorio de variables que afectan el comportamiento electoral y que pueden inducir la abstención o a la participación. Asimismo, se enfatizó que, por algún motivo, a los electores les resulta una acción preferida el votar, que engloba desde cumplir con un deber cívico, su lealtad al sistema político, reafirmar su partidismo, en resumen, forman parte de un voto expresivo. El conjunto de esas variables que propician la participación, Riker y Ordeshook (1968) las sintetizan en el término D , que alude a las motivaciones positivas del voto, que ayudan a que los costos sean inferiores a los beneficios.

Entonces, siguiendo a Riker y Ordeshook (1968), aunque $C > B$, si $D > B - C$ o, escrito de otra manera, $D + B > C$, se ha de esperar que R sea positiva y por consiguiente, que la participación sea preferida a la abstención. Los votantes son racionales, porque participaron debido a que su renta se veía favorecida por elementos no observados en la ecuación 4. Al añadir el término D , la ecuación queda así:

$$5) R_{it2} = B_{i2} - C_{t1+t2} + D_{t1+t2}$$

Como se aprecia, el hecho de incluir el término D resulta muy simple y no clarifica demasiado las variaciones de la DTA. Tanto C como D , son elementos que, se asume, intervienen en los cálculos de los individuos y que permiten intuir por qué los electores votan o se abstienen. Pero ambos términos abarcan demasiado para distinguir cuáles son los costos o puntos favorables de votar que los electores consideran para actuar. Son tan difusos que Riker y Ordeshook (1968) los postulan como constantes en los procesos electorales y que al combinarlos, se representan como K , lo que deja la ecuación de esta forma:

$$6) R_{it2} = B_{i2} + K$$

En donde:

$$7) K=C_{t1+t2}+D_{t1+t2}$$

Básicamente, K indica el conjunto de costos y beneficios del voto expresivo que no se observan y provocan que los electores se conviertan en abstencionista o votantes. Su valor es positivo si los beneficios no observados en la segunda vuelta logran convencer al elector de participar, por el contrario, su valor es negativo si la suma de los costos en la primera y segunda vuelta abruma lo suficiente al elector, para que decida no acudir a las urnas. Es así que una D grande pudo ser la causa de que los electores votaran en la segunda vuelta, lo que finalmente llevo a que 14 de las 43 elecciones revisadas presentaron una reducción en la DTA, es decir, una mayor tasa de participación.

El término D es una opción tentadora para simplificar el por qué los electores votan, pero no es eficiente para explicar las causas de la abstención, pues deja dudas de qué variables tienen mayor impacto y cómo intervienen en la decisión de elector. Hay que explorar otro camino que no sólo se centre en C y la ambigüedad de D , para anexar un elemento que complemente al modelo.

Por la ecuación 5, se asume que la renta que el elector espera recibir al final de una elección que efectuó una segunda vuelta está dada por el hecho de que gane alguno de los dos candidatos que compiten en el *ballotage*, que, a su vez, se condiciona por los costos de participar y por los beneficios no observados que le provee al individuo la acción de votar. Ahora, lo que se debe interrogar es ¿los electores basan su decisión sólo en la renta esperada? Si es así, entonces los individuos, de todas las opciones que se le presentan, seleccionan la que consideran la más óptima.

En esta investigación se considera que la renta no basta para explicar el comportamiento de los electores. El modelo integrará un elemento que media la decisión del elector para optar por abstenerse o no en la segunda vuelta, ese

elemento es la probabilidad de ganar del candidato más preferido. Por lo tanto, no se presume que la relación segunda vuelta-abstención sea estrictamente directa.

La probabilidad de éxito ayuda al individuo a plantear si para maximizar su utilidad, es conveniente que acuda a votar o no. Es una motivación que en algunos casos da viabilidad a la acción de participar y en otros no. El hecho de que la DTA sea mayor en algunas elecciones más que en otras, puede que no sea producto de la ausencia o presencia absoluta de un elemento, sino por la variación del mismo. Un ejemplo lo es la probabilidad de que un candidato gane, que no es la misma para todos los postulantes en las distintas elecciones.

¿Cómo la probabilidad de ganar de algún candidato le indica a los electores si es conveniente votar o abstenerse e influye en su utilidad? Esta pregunta es necesaria para avanzar e integrar la información pertinente para entender cómo opera el comportamiento electoral. De inicio, cabe recordar que los procesos electorales democráticos guardan un grado de incertidumbre, pero los individuos pueden tener una noción de la probabilidad con la que se espera que un candidato gane la elección.

La probabilidad con la cual los individuos ven que el triunfo se inclina más hacia el lado de un candidato, o para más de uno, no tiene un valor igual para todos. Esa probabilidad, es más bien una probabilidad subjetiva, pues se basa en las creencias y estimaciones de cada elector sobre quién o quiénes son los postulantes con mayor oportunidad de acaparar más número de votos. Pero todos los electores están bajo un flujo de información que toma un referente común, la competencia es la misma y ésta puede ser apreciada con similitud.

Cada conjunto de electores para cada elección, tienen consciencia, mayor o menor, de qué candidatos son potencialmente aspirantes a ganar, quiénes quedarán en segundo lugar, tercero, etc. ¿De dónde proviene la información para ordenar los escenarios según su probabilidad de suceder? En cualquier sistema electoral, las encuestas bien podrían ser una fuente de información para ponderar la factibilidad de que gane un candidato, pero en el de segunda vuelta, al

efectuarse ésta, los resultados de la primera ronda son datos valiosos para el elector. Al respecto, Sartori (1994) comenta:

Los demás sistemas electorales sólo dan una oportunidad; la doble ronda, y sólo ella, da dos oportunidades. Al votar una sola vez, el elector ejerce su derecho con poco conocimiento, con dos votaciones, la segunda vez vota con plena visión de la situación (p. 78).

¿De qué situación es más consciente el elector? La que principalmente interesa en esta investigación, es que en el *ballotage* los individuos saben quiénes son los dos candidatos que concentran más votos y pasaron a la segunda vuelta. Asimismo, identifican al candidato que quedó en primer lugar y la brecha de votos con la que supera al segundo lugar. Aprovechar esta información para maximizar la utilidad no es aplicable de la misma forma para todos los individuos, por eso, antes de entrar al papel causal de la probabilidad de ganar de un candidato, se abordará el último punto para ajustar el modelo: 4) No todos los electores son iguales.

El modelo pudo errar porque no se consideraron a los electores como individuos con un orden variado de preferencias, por lo tanto, se asumió que la mayoría buscaría maximizar su utilidad por medio de la abstención. Sin embargo, la evidencia no favoreció del todo a la hipótesis sugerida. El efecto de la segunda vuelta no es el mismo para todos los electores, dadas sus preferencias políticas. Es aquí donde entra la importancia de realizar el ejercicio de desagregar al conjunto de electores en distintos tipos, para así, a través de las interacciones posibles entre los tipos de jugadores, efectuar un análisis más fino.

Los distintos tipos de jugadores/electores que se distinguirán son los siguientes: 1) electores del tipo 1, son a los que les resulta indiferente el resultado de las elecciones; 2) electores del tipo 2, son aquellos que tienen preferencias ordinales, para los que mínimo creen que un candidato es la mejor opción y además por algún motivo, tal vez por una D grande, están dispuestos a asumir el costo de participar; 3) el tercer tipo, son los electores que igual prefieren que un candidato específico gane, pero no se sienten tan comprometidos en apoyarlo o para los que

no es racional participar por un voto expresivo, por lo que sólo las condiciones del contexto los puede convencer de votar. Es así que los i tipos diferentes de individuos del modelo es de tres ($i=3$).

Se asumirá que todos los electores pertenecen a alguno de los tres tipos de electores. Igualmente, los tres tipos siguen las propiedades de la elección racional (comparaciones completas y transitividad), ya expuestas en el capítulo anterior. Por lo tanto, para cada i , al comparar entre los candidatos j_1 y j_2 , generan una relación de preferencia o indiferencia.

Este capítulo tuvo la intención de explorar el fenómeno de la abstención en los sistemas electorales de segunda vuelta, con lo cual se desarrollaron algunos puntos que, por el momento, permiten concluir que una segunda ronda de votaciones propicia una disminución en la participación en la mayoría de los casos revisados. Empero, un análisis basado en los supuestos de costos implícitos en el hecho de votar no dilucida por qué en unas ocasiones las tasas de abstención no superan un 5% y en otras es mayor a ese valor, o por qué hay casos en los que la abstención decrece en el *ballotage*. Para continuar, se propone indagar en la relación entre la probabilidad de ganar de los candidatos que pasaron a la segunda vuelta, así como distinguir a los electores según su orden de preferencias e incluir el efecto de su interacción, para tratar de responder a qué se deben las variaciones en la DTA.

Capítulo 3

Segunda vuelta electoral y abstención en América Latina

3.1. Competitividad y Margen de victoria

Como se ha insistido hasta ahora, la abstención es un fenómeno complejo que no puede ser atribuido a una sola causa. Los factores que la rodean provienen de distintas fuentes, pero una descripción exhaustiva de qué provoca una mayor o menor tasa de abstención tampoco es una solución satisfactoria para esta investigación. La razón de esto último es que no se propondrían puntos en común para una comparación y discusión que revele el impacto de variables específicas. Por lo que se busca realizar un análisis, que efectivamente aporte la medición de una variable que se localice en las 43 elecciones que utilizaron la segunda vuelta en América Latina.

Ante la ausencia de un ganador con mayoría absoluta en la primera vuelta o la estipulada por la ley cuando existe el umbral reducido, el panorama de la contienda electoral se le amplía al individuo en el *ballotage*, gracias a las reglas del juego que introducen el grado de competitividad de la primer ronda. Con base en lo anterior, se prosigue a introducir dicho elemento, centrado entre los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta, como una variable capaz de explicar los cambios en las tasas de abstención en la segunda ronda de votaciones.

El grado de competitividad resulta de gran interés, pues ayuda a revisar cómo la regla de una segunda vuelta de votaciones puede influir en el comportamiento de los electores, ya que afecta sus estrategias al brindarles nueva información para sus decisiones. Asimismo, no se ha de perder de vista que esta variable es producto de las posibilidades que ofrece el sistema electoral de segunda vuelta, pues en este es posible observar el respaldo de votos que gozan dos candidatos

que compitieron en una primera ronda y que lo deben volver a hacer una vez más para decidir al ganador.

En las elecciones democráticas, es normal que en el mercado electoral exista una oferta política con más de una opción de compra. Con la presencia de más de un candidato se puede hablar de competencia, que Reynoso (2011) define como “la estructura o regla del juego que permite y garantiza que los partidos compitan entre sí” (p. 8). Sin embargo, no todas las elecciones competidas son iguales, un detalle diferenciador es la competitividad. Sartori (en Reynoso 2011) dice que cuando “dos o más partidos consiguen resultados aproximados y ganan por escasos márgenes” (p. 8) la elección es competitiva.

Las elecciones competidas pueden ser más o menos competitivas. La competitividad puede ser medida bajo diversos criterios, como por la asignación y distribución de recursos para los gastos de campaña de los candidatos o por la imparcialidad de las instituciones gubernamentales para no favorecer a ningún postulante. Sin embargo, estos pueden ser más bien elementos que facilitan la competitividad. Aquí, en cambio, se toma una característica más acotada, que es el margen de victoria (MV), un indicador que resulta de la proporción de votos obtenidos del candidato más votado (P_1) menos la proporción de votos del candidato que le sigue inmediatamente (P_2) (Reynoso, 2011), es decir, la brecha de votos que separan a un candidato de otro. La siguiente ecuación resume cómo obtener el valor del indicador:

$$8) MV = P_1 - P_2$$

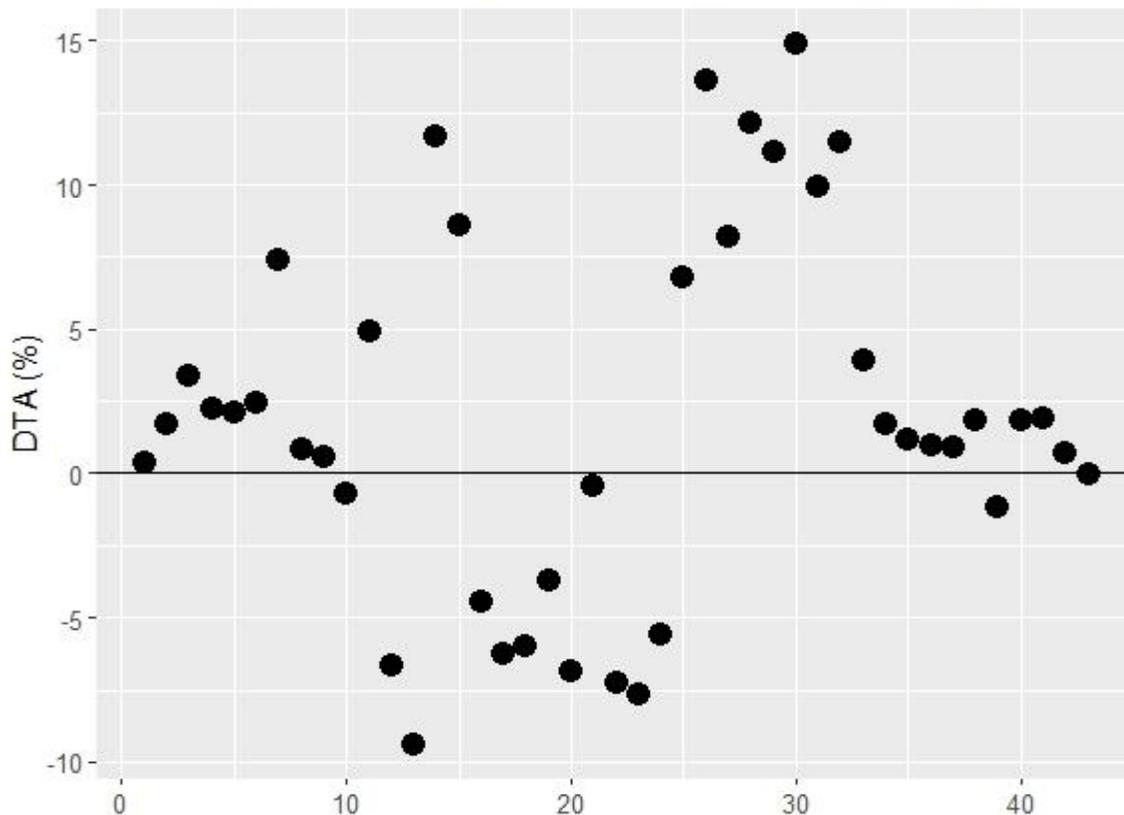
Mientras más grande sea MV, mayor es el número de votos por los cuales un candidato supera a otro y lo que indica una menor competitividad. En la segunda vuelta electoral, los individuos conocen el resultado de las votaciones en la primera vuelta, por lo cual conocen el MV que existe entre los dos candidatos que pasaron al *ballotage*. Esta información no les garantiza a los electores saber en definitiva quién ganará en la segunda ronda, pero sí les ofrece una idea de la

probabilidad subjetiva de quién tiene mayores posibilidades de resultar victorioso en la contienda.

Se asumirá que a partir de los resultados de la primera ronda el elector piensa de la siguiente manera: cuando un margen de victoria en la primera vuelta es grande, la competitividad es baja y, por consiguiente, uno de los dos candidatos tiene altas probabilidades de ganar la elección, en cambio, el otro candidato tiene reducidas posibilidades de triunfar.

Definido el concepto de competitividad y señalado cómo operacionalizarlo, se puede replantear la primer hipótesis, que indicaba que una segunda vuelta produce un aumento en las tasas de abstención. Como la evidencia lo muestra con los valores de la DTA, de las 43 elecciones, la abstención en la segunda vuelta aumentó, en diferente medida, sólo en 29 casos y se redujo en 14.

Gráfica 3.1. DTA en América Latina (1978-2016)



Fuente: elaboración propia con base en los datos del Apéndice A

Por lo anterior, se propone que la relación está medida por otra variable, que es la competitividad. La hipótesis es que a menor competitividad mayor incremento de la abstención en la segunda vuelta. Para explicar esa relación hay que dejar claras las condiciones del modelo que se apoya en la teoría de juegos. El ganador de la elección presidencial se decide por medio de los resultados de las votaciones de la segunda vuelta. Existen tres tipos de electores (i) en el juego, expuestas sus cualidades en el capítulo anterior. Para facilitar su enunciación se les reconocerá de la siguiente manera:

$i1$ =Indiferentes

$i2$ =Con preferencia y comprometidos

$i3$ = Con preferencia y no comprometidos

Todos los jugadores pueden emprender la acción de votar o abstenerse. Asimismo, si un jugador planea participar, tiene únicamente dos opciones por las cuales decantarse, que son los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta ($j1, j2$). El elector reconoce que existe un DEC que le brinda una mejor, peor o igual beneficio el hecho de que gane $j1$ o $j2$, por lo tanto, es un acto racional votar a favor de un candidato aún si existen costos de participar, en pos de contribuir a que su primera preferencia gane. Sin embargo, el elector también sabe que su renta es mayor si se abstiene de participar, así que para plantearse si es conveniente abstenerse, recurre a la probabilidad de ganar de algún candidato, que se basa en el MV de la primera vuelta, para tomar su decisión final.

El elector tipo $i1$ es indiferente a las opciones, porque el valor del DEC tiende a cero. Cuando la segunda vuelta redujo la oferta política, el interés por votar se pudo desvanecer, ya que salieron de la contienda candidatos que para algunos electores representaran un beneficio notablemente superior al de las opciones restantes. Es así que el votante de la primera vuelta podría haber pasado a ser abstencionista cuando percibía que su beneficio futuro sería igual con cualquier candidato que ganara. Debido a esto, se asume que este tipo de elector es más

propenso a abstenerse, si participa, es porque cuenta con una D grande, por lo cual votaría, pero el sufragio puede ser un voto nulo o blanco.

Abstención: $D < C$

Voto nulo o blanco: $D > C$

El elector tipo $i2$, se puede dividir, lo que agrega al modelo a $i2'$ e $i2''$. Para $i2'$ ${}_1P_2$, para $i2''$ ${}_2P_1$. Tanto el DEC como una D grande, que incluye el sentirse comprometidos por apoyar a un candidato o partido de su preferencia, incentivan a los electores que se encuentran en estas categorías a votar, por lo que $B+D > C$. Es así que, para $i1$ e $i2$, ante cualquier escenario de la segunda vuelta, el MV no tiene grandes efectos, o por lo menos efectos que se puedan observar con los datos disponibles para esta investigación, de manera que sus acciones pueden ser independientes del valor que adopte esta variable. Sin embargo, incluir a $i1$ e $i2$ como jugadores en el modelo, es porque su presencia e interacción le dan sentido a las estrategias de $i3$ cuando éste conoce el MV de la primera vuelta.

Con el elector tipo $i3$ se puede hacer algo similar que con $i2$ y dividirlo en dos grupos, el primero es $i3'$, para quienes ${}_1P_2$, e $i3''$ para quienes ${}_2P_1$. La cualidad que los diferencia de $i2$, es que en estos tipos no hay electores que se sientan comprometidos con los candidatos o partidos, pues conjunta a los individuos que tienen una D de poco valor, lo que implica un menor o nulo interés por reafirmar su partidismo o cumplir con un deber cívico, son electores apáticos. Si llegan a estar motivados a participar, es por el beneficio (B) que esperan obtener si gana su candidato preferido.

En contraparte con $i2$, para $i3$ K puede tender a cero o ser negativa si $D \leq C$, el resultado es una renta final (R) mermada por los costos. Aun así, para los electores del tipo $i3$, R puede adquirir un valor mayor a cero después de absorber los costos, tal que $B+D > C$, pues creen que estarán en una mejor situación si gana el candidato que prefieren y, por el contrario, creen que estarán en peor situación si pierde ante el otro contendiente, es decir, votan por el "mal menor". Una premisa

indispensable es que, al existir sólo dos candidatos, si el individuo decide participar para apoyar a un candidato, siempre votará a favor de su opción preferida.

La razón de que para $i3$ la probabilidad de ganar de algún candidato le resulte relevante es por dos principales causas ejemplificadas con el problema de la acción colectiva en la Tabla 1.2 y que ahora se pueden relacionar con las elecciones de segunda vuelta. Si en un escenario hipotético, $j1$ tiene altas posibilidades de ganar y a $j2$ no le favorecen las tendencias, ni $i3'$ ni $i3''$ participarán, el primero por la cuestión del comportamiento *free rider* y el segundo para evitar una R negativa.

Para el primer caso, $i3'$ se puede comportar como *free rider*, jugadores que saben que es conveniente no aportar a la obtención de un bien si éste se puede conseguir sin su apoyo. El elector tipo $i3'$ es consciente que los electores del tipo $i2'$ van a acudir a las urnas, independientemente de que el candidato $j1$ pueda o no triunfar. Para este escenario particular, $i3'$ tiene altas expectativas de que $j1$ gane en la segunda vuelta, ya que el MV de la primera vuelta fue elevado. Como cada elector de $i3'$ piensa que $j1$ tiene posibilidades de ganar sin que éste vote, se abstendrá, pues considera que con la participación de $i2'$ basta para que los resultados sean tal como se los imagina. En concordancia a esto, $i3'$ al tener un principal interés por B , no votará por los incentivos de D , tal como lo hace $i2'$.

Para el segundo caso, los electores de $i3''$ creen que no es seguro que su candidato preferido se lleve la victoria, basados en el MV de la primera vuelta, lo que les dejaría con sólo la carga de C por haber participado. Como $C > 0$, la utilidad de los electores está en una mejor posición cuando no votan que cuando lo hacen, lo que evita que su R sea negativa. La reversión de los resultados es más difícil de lograr conforme el MV es mayor, pues más electores se tienen que movilizar a favor del candidato que quedó en segundo lugar para que supere al primer lugar de la primera vuelta, sin certeza de lograr su victoria. Abstenerse se vuelve una estrategia conveniente ante elecciones en las que los resultados son previsibles.

Los resultados de una elección son menos previsibles si el MV no es grande. Es más probable que j_2 supere a j_1 si el MV es de 1 que si es de 10, o si es de 20, etc., por el hecho de tener que atraer menos electores para evitar perder la elección y superar a su adversario. En un escenario con un MV bajo, el elector puede estar más motivado a votar, aunque sepa que su voto no define el resultado, un mayor grado de competitividad propicia a una percepción en la cual se crea que el voto de cada individuo es más eficiente para definir los resultados. Entonces, si se toma como referente al elector i_3 en interacción con el elector i_2 , la acción que considere conveniente cada uno toma como referente lo que creen que hará el otro.

El elector i_1 al ser indiferente a los resultados, se puede abstener o emitir un voto nulo, pero al ser decisiones que se plantea están orientadas más por las variaciones de C o D , lo que suceda serán eventos independientes del MV, por lo que este elemento no altera sus acciones. Como los electores del tipo i_2 e i_3 saben que el tipo i_1 no votará, no se preocupan de que éste cambie los resultados por medio de su voto, así que su presencia en el juego no afecta las estrategias de los otros dos, ya que las elecciones se ganan con votos. Para explicar cómo opera la variable de la competitividad en el comportamiento electoral cuando los individuos interactúan, se utilizarán los dos escenarios recién mencionados.

En el primer contexto, donde la competitividad es baja, el punto de equilibrio del juego se encuentra en la acción de votar para i_2 y abstenerse para i_3 . Esta afirmación aplica tanto para los electores que prefieren al candidato con mayor probabilidad de ganar, como para los que prefieren a candidato que tiene menores probabilidades de ganar, pero las motivaciones que llevan al elector a actuar son algo diferentes. Para explicar esto, nuevamente hay que distinguir a i_2' e i_3' de i_2'' e i_3'' , para los primeros ${}_1P_2$ y para los segundos ${}_2P_1$, pero sólo j_1 tiene altas posibilidades de ganar. La siguiente tabla resume los perfiles de estrategias, los resultados que pueden derivar de cada combinación de acciones y los pagos que recibe cada jugador en el primer contexto.

Tabla 3.1. Estrategias en elecciones con baja competitividad para $i2'$ e $i3'$

Perfiles de estrategias ($i2'$, $i3'$)	Resultados	Pagos ($i2'$, $i3'$)
(Votar, Votar)	Gana $j1$, $i2'$ e $i3'$ asumen los costos de votar	(1, 2)
(Votar, Abstenerse)	Gana $j1$, pero sólo $i2'$ asume los costos de votar	(1, 1)
(Abstenerse, Votar)	Se reducen las probabilidades de que $j1$ gane*, pero sólo $i3'$ asume los costos de votar	(2, 3)
(Abstenerse, Abstenerse)	Pierde $j1$, ni $i2'$ ni $i3'$ asumen los costos de votar	(3, 4)

Nota: $1 > 2 > 3 > 4$

Fuente: elaboración propia.

* Se asume que el número de individuos de $i2' > i3'$, por lo tanto, la participación de los primeros es más necesaria para evitar la reversión de los resultados de la primera vuelta, la abstención de los segundos no afecta quién será el ganador.

La Tabla 3.1 sugiere que para los electores $i2'$, votar es su acción preferida y si toman esa decisión, les resulta indiferente el hecho que $i3'$ se abstenga, pues creen que aunque los segundos no participen, es muy probable que gane $j1$. Como se dijo, la principal motivación para participar de $i2'$ está dada por el valor de D , por lo que abstenerse es lo menos preferido, pero prefiere abstenerse y que $i3'$ vote, pues de lo contrario estará en una peor situación, ya que aumentan las oportunidades para que los opositores de $j1$ hagan que $j2$ gane.

Por su parte, $i3'$ prefiere abstenerse y que $i2'$ vote, pues de esta manera su participación no sería necesaria para hacer que $j1$ gane, además de evitar el costo de participar. Sin embargo, prefiere votar si ambos lo hacen, ya que si $i2'$ decide abstenerse, es menos probable que $j1$ gane con sólo él apoyo de $i3'$, quienes

quizás no sean un conjunto decisivo. El escenario que menos prefiere es donde ambos tipos de electores se abstienen, pues j_2 puede asegurarse la victoria con el apoyo de sus simpatizantes. En el siguiente cuadro se muestra cómo se produce la interacción de i_2' e i_3' para terminar en un equilibrio con base en lo expuesto.

Tabla 3.2. Matriz de pagos en elecciones con baja competitividad para i_2' e i_3'

Elector i_2'	Votar	Abstenerse
Elector i_3'		
Votar	1, 2	2, 3
Abstenerse	1, 1	3, 4

Fuente: elaboración propia.

Como se muestra en la Tabla 3.2, el elector i_2' está siempre mejor cuando vota que cuando no lo hace, independientemente de qué haga el elector i_3' . Es así que i_2' no tiene motivos para cambiar su estrategia de participar, por lo cual se puede prescindir de la columna de la abstención. Continuando con este razonamiento, i_3' espera que i_2' participe, y sabe que en dicho caso su situación es mejor si se abstiene, así que decide no votar para recibir un mayor pago.

Para el caso de i_2'' e i_3'' basta con tener presente que en todos los escenarios, independientemente de qué acción decidan tomar, j_2 siempre pierde, ya que coexisten con i_2' quienes, como se vio, votan y permiten que j_1 gane. Entonces, el incentivo para que i_2'' vote es el rendimiento que consigue del término D , por su parte, el incentivo para que i_3'' se abstenga es el evadir C para no terminar con una renta negativa. En el siguiente cuadro se plasma su interacción.

Tabla 3.3. Matriz de pagos en elecciones con baja competitividad para $i2''$ e $i3''$

Elector $i2''$		
Elector $i3''$	Votar	Abstenerse
Votar	1, 2	2, 2
Abstenerse	<u>1</u> , <u>1</u>	2, 1

Fuente: elaboración propia.

En el cuadro ambos tipos de electores cuentan con una estrategia dominante, pues independientemente de lo que decida hacer el otro, pueden tomar una decisión que siempre les resultará ser la más óptima para su utilidad. La renta del elector $i2''$ es mayor cuando participa, pues si no lo hace no goza del valor del voto expresivo. Asimismo, que $i3''$ decida votar o abstenerse no le afecta a $i2''$, ya que su decisión no cambiará las circunstancias en donde $j2$ pierde, por lo cual le resulta indiferente qué haga este jugador.

Mientras que a para $i2''$ votar es una estrategia dominante, para $i3''$ abstenerse es su estrategia dominante. El no votar le permite al elector $i3''$ no asumir los costos de participar, por lo tanto recibe un mejor pago que cuando acude a emitir su sufragio, es por eso que toma la decisión de abstenerse. De nuevo, no tiene incentivos para participar, pues sólo asumirá el costo de votar sin cambiar los resultados. Es por esto que el equilibrio del juego se mantiene en $i2''$ vota e $i3''$ se abstiene. Los dos juegos planteados apuntan a creer que un MV grande conduce a una mayor DTA.

Para el segundo contexto, donde la reversión de los resultados es más factible, el equilibrio se modifica y propicia a una mayor participación. En las circunstancias de este juego, se sabe que los electores del tipo $i2$ siempre votan, por lo tanto la variación en el MV no repercute su asistencia en las urnas. Se asume que tan sólo con la participación de $i2$, los resultados de las elecciones del *ballotage* no se modifican mucho en comparación a los de la primera vuelta, así el mismo

candidato queda en primer lugar una vez más. Para que exista un nuevo ganador en la segunda vuelta, se necesita de la participación de $i3$.

Como ya se ha señalado, en $i3$ hay individuos con diferentes preferencias hacia la oferta política que se distinguen entre $i3'$ e $i3''$ y que son los actores principales para este juego. Ambos pueden abstenerse o participar. Las dos opciones de candidatos que los electores pueden apoyar son $j1$ y $j2$, quienes quedaron en primer y segundo lugar en la primera ronda electoral respectivamente, pero con un MV bajo, así que en la segunda vuelta $j2$ aún tiene posibilidades de ganar, a diferencia del juego anterior. Sus preferencias se sintetizan en que para $i3'$ ${}_j1P_{j2}$, y para $i3''$ ${}_j2P_{j1}$.

Si ambos subtipos de electores se abstienen, los resultados de la segunda vuelta son similares a los de la primera y por ende $j1$ gana. Para evitar esto y que $i3''$ pueda conseguir que su candidato preferido gane, tiene que votar, lo que quiere decir que los electores de este conjunto creen que es mejor su renta con $j2$, aún si asumen el costo de participar, que si gana $j1$ ($B_{j2}-C > B_{j1}$). Sin embargo, como los electores de $i3'$ prefieren que gane $j1$ y también creen que su utilidad es mayor incluso si vota, que si gana el otro candidato ($B_{j1}-C > B_{j2}$), lo que los conduce a votar. Finalmente, ambos terminan por participar.

Tabla 3.4. Estrategias en elecciones con alta competitividad para $i3'$ e $i3''$

Perfiles de estrategias ($i3'$, $i3''$)	Resultados	Pagos ($i3'$, $i3''$)
(Votar, Votar)	Ambos candidatos podrían ganar	(3, 2)
(Votar, Abstenerse)	Gana $j1$, pero $i3'$ asume el costo de votar	(2, 3)
(Abstenerse, Votar)	Gana $j2$	(4, 1)
(Abstenerse, Abstenerse)	Gana $j1$	(1, 3)

Nota: $1 > 2 > 3 > 4$

Fuente: elaboración propia.

En la Tabla 3.4 se resumen los escenarios posibles según las acciones que emprendan $i3'$ e $i3''$ y los pagos que obtienen. El en caso de $i3'$, el mejor escenario es donde ambos jugadores se abstienen, pues no se alteran los resultados y gana $j1$. En segundo lugar, prefiere votar y asegurar la victoria, a tener la incertidumbre porque ambos candidatos tienen probabilidades cercanas de ganar. Al final, lo que menos desea es que $j2$ gane. Por otra parte, $i3''$ prefiere votar y que $i3'$ se abstenga para impedir que $j1$ gane, pero aún prefiere votar si $i3'$ también lo hace, porque aún cree que existen posibilidades de hacer que $j2$ gane, en contraparte a que si se abstiene, lo que asegura la victoria de $j1$. Asimismo, si $i3''$ se abstiene $j1$ gana, por lo que le es indiferente que sea con o sin los votos de $i3'$. En el siguiente cuadro se ilustra cómo interactúan estos electores.

Tabla 3.5. Matriz de pagos en elecciones con alta competitividad para $i3'$ e $i3''$

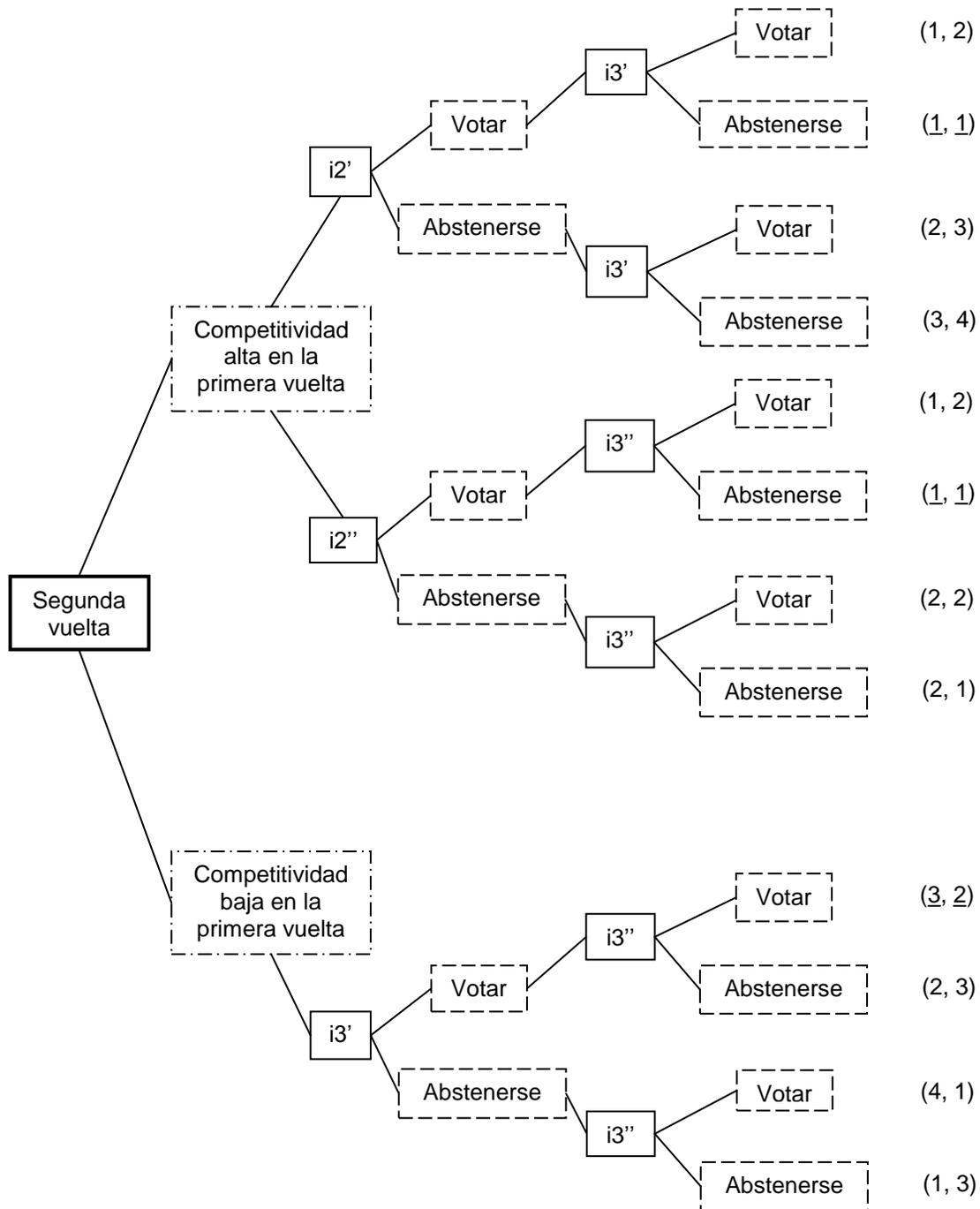
Elector tipo $i3'$	Votar	Abstenerse
Elector tipo $i3''$	Votar	Abstenerse
Votar	<u>3</u> , <u>2</u>	4, 1
Abstenerse	2, 3	1, 3

Fuente: elaboración propia.

En la Tabla 3.5 se aprecia que el elector $i3'$ no tiene ninguna estrategia dominante, pues abstenerse sólo le trae un mejor pago cuando $i3''$ también decide abstenerse ($1 > 2$), pero si este último decide votar, lo conveniente para el primero es votar ($3 > 4$). Sin embargo, $i3'$ sabe que $i3''$ sí tiene una estrategia dominante, que es votar, pues independientemente de lo que haga $i3'$, $i3''$ obtiene un mejor pago al participar ($2 > 3$ y $1 > 3$). Entonces, $i3'$ tiene razones para pensar que $i3''$ nunca va a elegir abstenerse en este contexto, así que se prescinde de la fila de abstenerse, lo que deja la fila de votar, en donde $i3'$ está mejor cuando vota. Estos argumentos llevan a un equilibrio en la acción de votar-votar.

En la Figura 3.1 se muestra un árbol de decisiones con el objetivo de ilustrar de una manera más sencilla los tres juegos expuestos sobre la toma de decisiones de los electores en la segunda vuelta. En la primera rama se encuentran los dos juegos para los cuales la primera vuelta electoral presentó una competitividad alta y en la segunda rama está el juego en el cual la primera vuelta hubo una competitividad baja.

Figura 3.1. Árbol de decisiones para la segunda vuelta



Fuente: elaboración propia.

En resumidas cuentas, para que el elector decida si le conviene evadir C, posterior a calcular el DEC, con el MV de la primera vuelta evalúa la probabilidad de éxito de su primera preferencia. Si cree que la probabilidad de ganar es baja o

demasiada alta, se abstiene. Mientras más estrecho es el MV, los resultados son más inciertos y el elector está más motivado a participar. Sartori (1994) dice que “Un votante que conoce los resultados previos, que puede por lo tanto calcular las posibilidades de ganar de cada candidato, sin duda es un votante que ‘vota racionalmente’” (p. 79). En este caso, no sólo vota racionalmente, también se abstiene racionalmente, con la terminología de este mismo autor, existe una “elección inteligente”.

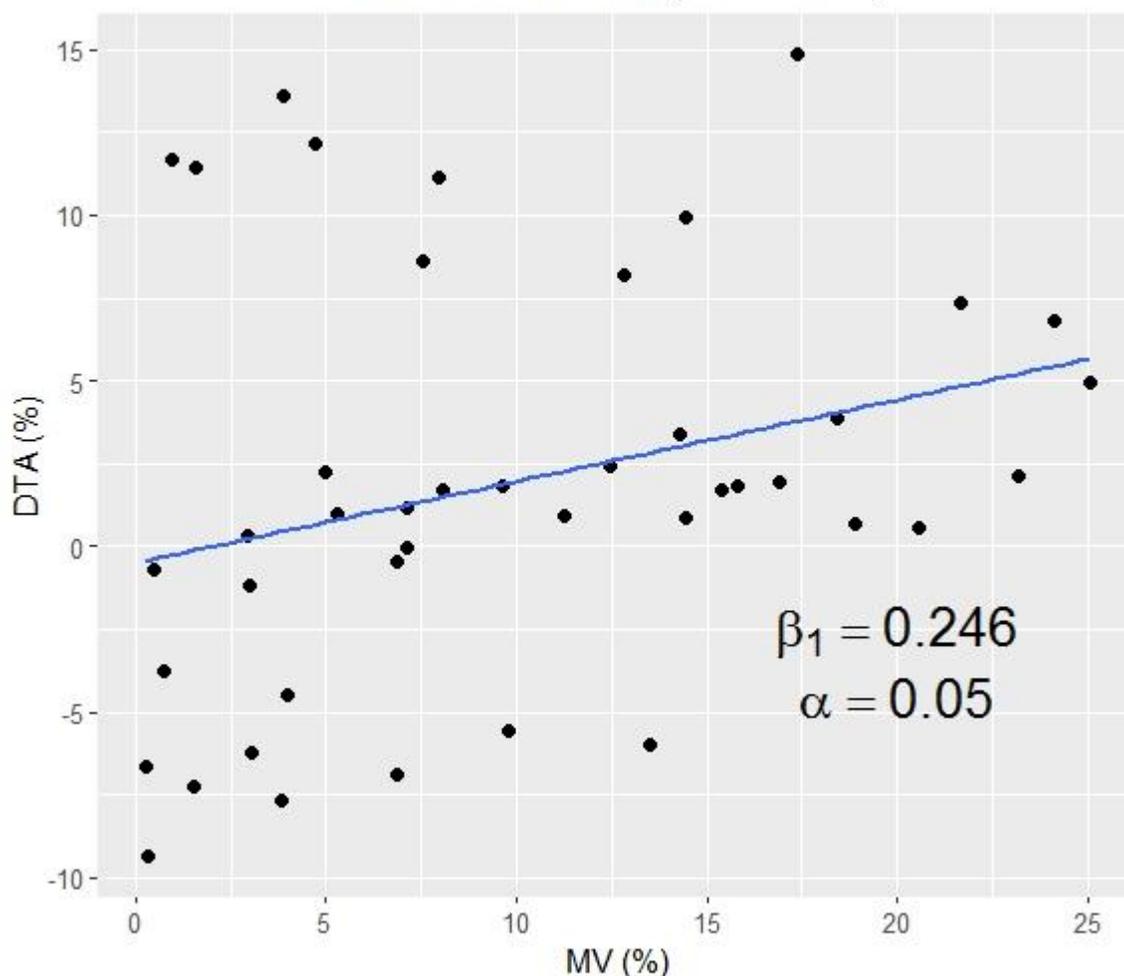
Los juegos expuestos ayudan a señalar y proponer una idea de cómo opera la relación entre la competitividad y la abstención, pero queda una duda: ¿cuándo una elección puede ser considerada con una alta o baja competitividad? Ofrecer un estándar para aceptar o no que una elección de segunda vuelta es competitiva con base en el MV, puede caer en una arbitrariedad. Lo que aquí se considera pertinente, es aceptar que las votaciones se pueden diferenciar por el grado en que son más o menos competitivas.

Como los electores asignan probabilidades subjetivas a las oportunidades que creen que tienen los candidatos para ganar las elecciones, algunos pueden requerir de un MV más o menos estrecho para convencerse de que vale la pena votar o, por el contrario, que es mejor abstenerse. Por lo tanto, a medida que la competitividad sea menor, es más fácil que se alcance a un mayor número de electores renuentes a abstenerse, porque tienen las expectativas de que con un cierto MV su candidato preferido aún puede ganar. Además, esto podría clarificar por qué algunas veces la participación incrementa si la competitividad es alta: electores que en la primera vuelta no estaban seguros de sufragar, porque no sabían si su candidato preferido no tenía posibilidades de ganar, ahora tienen motivos para creer que su voto es más eficiente para definir los resultados.

Si los argumentos expuestos se aproximan a lo que sucede a nivel empírico, la relación entre la abstención y la competitividad debería ser tal que a medida que aumenta una variable, la otra también lo hace. Los indicadores para cada una de las variables son la DTA y el MV, respectivamente, su distribución se puede

visualizar en la siguiente gráfica, que introduce al contraste de la segunda hipótesis de esta investigación.

Gráfica 3.2. Relación entre la DTA y el MV
en América Latina (1978-2016)



Fuente: elaboración propia con base en los datos del Apéndice A

En la Gráfica 3.2, se ilustra cómo se dispersan los puntos para cada una de las 43 elecciones estudiadas. Sus coordenadas se basan en el MV como la variable independiente en el eje de las abscisas y la DTA como la variable dependiente en eje de las ordenadas. A través de la línea de tendencia central se aprecia que existe una relación positiva, coherente con la hipótesis de que a mayor MV en la primera vuelta, mayor es el incremento de la abstención en la segunda vuelta en comparación a la primera ronda.

Aparentemente la hipótesis no es falsa, el coeficiente que arroja la regresión indica que a medida que el MV aumenta en 1%, la pendiente de la DTA incrementa en 0.24%, con una significancia del 0.05. El cruzar estos datos revela más que cuando sólo se utilizó la perspectiva que se basa únicamente en los costos de participar o en el valor expresivo, en donde las formulaciones de dicho modelo no presentan datos que muestren en qué medida influyen estos elementos en la toma de decisiones de los electores.

Aldrich (1993) acusa lo anterior como un problema que deja dudas sobre la abstención como un comportamiento estratégico. El problema reside en que se asume que si el elector participó, fue porque su utilidad era positiva gracias al término D , si se abstuvo, fue por una C que disminuía o volvía negativa su utilidad. Básicamente sólo se dan dos posibles respuestas, los términos C y D que al ser constantes en todas las elecciones y al prescindir de su medición, no ponderan qué tanto influyen en la decisión del elector. Esto automáticamente no inhabilita e inutiliza esta perspectiva de análisis, pero sí hace urgente la necesidad de incorporar elementos que maticen y respondan al por qué de las variaciones de abstención en distintas elecciones.

La competitividad es una variable que sí visibiliza su capacidad de intervenir en las acciones que emprenden los electores. Empero, esto no quiere decir que esté exento de una revisión para ser cuidadosos con las generalizaciones del modelo. La relación que se deja ver en la Gráfica 3.2, da indicios para creer que efectivamente el participar o abstenerse es una cuestión de elección y que concuerda con un comportamiento racional, pero no significa que el MV sea el único insumo que toman en cuenta para elaborar sus estrategias y que sirve para mediar si asumir o no los costos de participación. Además de lo anterior, hay que notar que aquí no se escapó por completo del problema de tener que integrar al modelo los elementos C y D .

3.2. *Respaldo electoral en las votaciones, ideología de los candidatos y sanción de la abstención.*

La variación de la DTA aparentemente puede ser asociada con el MV, pero existen valores observados que se posicionan más o menos alejados de los valores estimados, que gráficamente se mostraron en la Gráfica 3.2. Hay datos que se aproximan más que otros a la línea de tendencia central, debido a los errores no observados. Para minimizar esto, se utilizarán tres variables de control, que son el respaldo electoral en las votaciones, ideología de los candidatos y la sanción a la abstención.

Con la variable central y las variables de control se procederá a utilizar dos modelos para el análisis de su relación con la DTA. El primer modelo es una regresión múltiple, para poder observar cómo influyen las variables en datos agrupados. En el segundo modelo se considera la heterogeneidad transversal y longitudinal existente entre la muestra estudiada, por lo que se empleará un modelo de efectos fijos para incluir en la ecuación el factor país y el factor año de la elección. Para tener una comparación entre ambos modelos y saber cuál es el más adecuado para los datos de esta investigación, se llevará a cabo una prueba F para efectos individuales.

El respaldo electoral en las votaciones, consiste en el apoyo que recibe un candidato en las urnas por medio de los votos. La proporción de votos de un candidato refleja capacidad que tiene una fuerza política para movilizar electores a su favor en una contienda particular. Entonces, es de esperar que un candidato, en aras de mejorar su capital político busque atraer más electores para que voten por él. Si el candidato resulta atractivo para los individuos, es probable que estos decidan votar, lo que propicia una mayor participación.

En el caso de la segunda vuelta electoral la oferta política se reduce, lo que puede llevar a eliminar a la opción preferida de algunos electores y, como se mencionó en el capítulo anterior, termine por desmotivar la participación. Esto puede ser verdad hasta cierto punto, pero cabe la posibilidad de que persistan en el *ballotage*

candidatos que cuenten con un amplio respaldo electoral respecto del padrón, lo que beneficie a la participación. Para medir el respaldo electoral se acude a la concentración de votos de la primera vuelta como una dimensión de esta variable.

Para Anduiza y Bosch (2004), “La concentración del voto es el porcentaje total de votos que suman los dos partidos más votados” (p. 89). Si se piensa en candidatos en vez de partidos, con la concentración del voto se puede observar la proporción de electores que representan los dos postulantes, sean de un partido o una coalición, que pasaron a la segunda ronda de votaciones. A medida que el tamaño de la concentración de votos sea mayor en la primera vuelta, la abstención debería ser menor, pues pocos individuos son los que perdieron a su primera preferencia, o su preferencia más cercana con posibilidades de ganar, debido a las reglas de este sistema electoral. Pero en lo absoluto esto significa que los votantes que votaron por un candidato que perdió en la primera ronda pasaran a ser parte del conjunto de abstencionistas, ya que pueden decantar por otro candidato, orientados por la ideología.

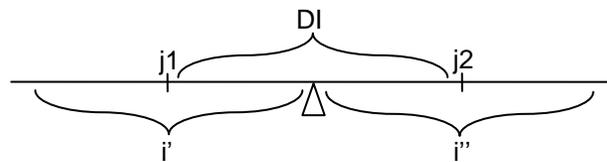
El individuo, al comparar el beneficio que espera obtener con un candidato u otro, no se basa necesariamente en una evaluación rigurosa de las plataformas políticas, pues esto implicaría un esfuerzo por procesar más información para diferenciar propuestas, lo que termina en una carga de costos que los electores tal vez no desean asumir. Para Downs (1973), la ideología funciona como un atajo para la toma de decisiones de los electores. Cuando un individuo percibe que un candidato está más próximo a su posición en la escala ideológica, vota por él, pues cree que, de ganar dicho candidato, el gobierno que surja de esa elección impulsará políticas compatibles con la ideología que representa. Esta información les resulta a los electores de fácil acceso cuando asocian a los candidatos con sus etiquetas partidistas.

Para el caso de la segunda vuelta, los electores que tengan desde la primera ronda como su opción preferida a cualquiera de los dos candidatos que compiten, no les resulta difícil saber por quién votarán nuevamente, si se asume que las preferencias son estables en el periodo que transcurre de una a otra ronda de

votaciones. Sin embargo, no pasa lo mismo para quienes apoyaban a algún candidato que no logró pasar al *ballotage*, pues deben considerar cuál de las opciones de la oferta política les brinda una mejor utilidad.

Sartori (1994) dice que “Con la doble ronda electoral, los votantes que en el proceso pierden a su candidato preferido transfieren su voto, en la elección final, a candidatos menos preferidos, pero todavía aceptables para ellos” (p. 83). Entonces, mientras los candidatos y los electores no estén demasiado alejados entre sí, aún pueden ser una opción por la cual votarían los segundos. Asimismo, los electores apoyan al candidato que esté más cercano a ellos, si las alternativas están separadas a una misma distancia del elector, éstos le son indiferentes. En un modelo espacial, lo anterior se puede ilustrar de la siguiente manera:

Figura 3.2 Distribución ideológica de los electores y candidatos



Fuente: elaboración propia

En la Figura 3.2, $j1$ y $j2$ representan a los dos candidatos que compiten en la segunda vuelta, con una diferencia ideológica (DI) de x valor. El triángulo del centro representa la posición de los electores que están a la mitad de la distancia que separa a los dos candidatos, para quienes el hecho de que gane cualquier candidato les es indiferente, pues esperan obtener la misma utilidad independientemente del resultado final.

La llave de la izquierda cubre todo el espectro de electores tipo i' , que son los que están más cercanos a $j1$ y creen que se beneficiarán más si gana este candidato. Lo mismo pasa para los electores tipo i'' con el candidato $j2$, que están debajo de

la llave de la derecha. En los extremos están los electores para los cuales tanto j_1 como j_2 están demasiado alejados de ellos para aún querer votar a su favor⁸.

La lógica anterior puede alentar a la participación, porque algunos electores quizá crean que serán mejor recompensados si gana el candidato que prefieren por razones ideológicas. Sin embargo, cuando la DI entre los candidatos es más corta, la utilidad esperada puede ser similar, que se puede imaginar más o menos como el beneficio al basarse en el DEC ($DI \approx B$). Esto termina por dar un caso similar al del elector indiferente, en donde la distancia de los electores respecto a cualquier candidato es casi la misma, lo que incentiva la abstención, pues no son notables las ventajas en la utilidad del hecho de que gane uno u otro candidato.

Como la ideología puede representar o aproximar a la idea del beneficio que se espera obtener si gana uno u otro candidato, si se usa la ecuación 4 del capítulo anterior, los electores votarían por el candidato ideológicamente más cercano a ellos si $C=0$, pero si se asume que $C>0$, para que el elector participe es necesario que $B>C$. Así, a diferencia de la ecuación 5, no es D necesariamente el término que condiciona las tasas de abstención, sino la misma B . Si se asignan valores arbitrarios, cuando la DI de los candidatos es alta, adquiere un valor de 1, si es baja, su valor es de $\frac{1}{2}$ y los costos valen $\frac{1}{2}$, los resultados de la ecuación son los siguientes:

$$DI \text{ Alto: } R=1-\frac{1}{2}=\frac{1}{2}$$

$$DI \text{ Bajo: } R=\frac{1}{2}-\frac{1}{2}=0$$

En el primer caso, la DI aún es percibida como significativa, por lo que votar es racional, en el segundo caso, como de DI se deriva una B de poco valor, R es igual a cero, por lo que abstenerse es mejor. De esta forma, una DI grande es

⁸ El modelo espacial tan sólo es una herramienta de análisis, por lo que las posiciones asignadas son arbitrarias y variantes en la realidad. Por ejemplo, los partidos extremos, aunque puedan estar más cercanos a algunos electores, pueden ser opciones menos preferidas que las que se ubican en el centro del espectro ideológico. Pasquino (2004) comenta que en el caso de Francia, las elecciones presidenciales del 2002, en la segunda vuelta los electores se movilizaron para impedir que ganara el "candidato más perjudicial", que era quien se encontraba más cercano al extremo de la derecha.

necesaria para evitar que $C \geq B$ y esto lleve a una R con valor de cero o negativa. Para medir esta variable, los datos se obtienen de las puntuaciones ideológicas que asignan Baker y Greene (2016a), con las que se calcula la diferencia de puntos en valores absolutos de los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta.

Apoyarse sólo en la variable de la ideología puede llevar al punto en donde no se sabe por qué se participa, aun cuando $B+C \leq 0$. Para evitar caer nuevamente en tan sólo incluir el término D en la ecuación, se busca un complemento para el análisis en la última variable de control, la sanción de la abstención. El voto puede ser obligatorio, pero esto no asegura la participación de todos los electores, por lo cual en algunos países se ha optado por sancionar la abstención (ver Apéndice 2).

La sanción que se aplica a aquellas personas que no acuden a votar si una justificación válida para las autoridades gubernamentales, consiste generalmente en una multa que exige al elector un pago monetario, en el caso de Argentina, el no pagar la multa puede llevar a la restricción de algunas gestiones administrativas (Fernández y Thompson, 2007). El costo de abstenerse puede ser la causa por la cual los individuos creen que es más conveniente participar, pues de no hacerlo serán acreedores a una sanción que reduzca su utilidad.

Cuando los electores perciban que el costo de abstenerse (C_A) es mayor que el costo de participar (C_P), tendrán incentivos para votar, con la intención de mejorar su utilidad. De esta manera, si la abstención se ve afectada por la sanción, puede significar que $C_A \geq C_P$, por lo que es preferible asumir los costos de votar, que reducen en menor grado la renta del elector que los que producen las sanciones a la abstención. La medición de esta variable es básicamente nominal, de forma que se distingue con dos posibles valores, que son “sí” y “no”, que se asignan cuando hay o no una sanción vigente en la contienda electoral, para su uso ambos valores son codificados como variables *dummy*.

Por último, para llevar a cabo un modelo de efectos fijos, se incluye el factor país y el factor año, que alude a todos los errores no observados provocados por la

heterogeneidad de los casos que componen la muestra. Con el modelo de efectos fijos se asume que las elecciones analizadas al pertenecer a diferentes países, contienen varios elementos que se omiten en el estudio y los diferencia entre sí, ya sean culturales, económicos, políticos o sociales, pero que intervienen en el resultado de la DTA. Asimismo, se asume que hay cambios internos a través del tiempo en cada país, por lo cual las condiciones varían según el año de la elección. En la siguiente tabla se muestran los resultados de la aplicación del modelo.

Tabla 3.6. Variables para la abstención

	Modelo 1		Modelo 2	
	Coeficiente	Error estándar	Coeficiente	Error estándar
MV	0.245*	0.109	0.245**	0.076
Concentración	-0.038	0.050	-0.031	0.049
DI	-0.346 ‘	0.195	0.215	0.160
Sanción Sí=1	-6.738***	1.632	-7.095**	2.102
N unidades	12			
N observaciones	42			
Prueba F para efectos individuales F	9.2235***			

Fuente: elaboración propia con base en el Apéndice A y el Apéndice B.

Significancia: $p < 0.1$ $p < *0.05$ $p < **0.01$ $p < ***0.001$

Aplicada la regresión múltiple (Modelo 1), a excepción de la concentración del voto, todas las variables son significativas. Por otra parte, en el modelo de efectos fijos (Modelo 2), los resultados revelan que dos de las variables propuestas son significativas, mientras que las otras dos no lo son. A pesar de que el Modelo 1 favorece a la significancia de una tercera variable, la prueba F para efectos

individuales indica que es preferible utilizar el Modelo 2. En esta prueba, la hipótesis nula era que todas las variables *dummy* del factor país y año era igual a 0, es decir, no había diferencias transversales y longitudinales. Esa hipótesis no fue acertada y se rechaza, por lo cual se acepta la hipótesis alternativa que sí es significativa, en donde al menos una variable *dummy* no tiene un valor igual a cero.

Cómo se planteó hipotéticamente, la concentración del voto tiende a reducir la DTA, aunque su coeficiente muestra que lo hace con apenas una baja de 0.031% cuando esta variable aumenta en 1, pero lo hace de manera no significativa. Por otra parte, la DI se comporta de manera distinta a la que se pensó, mientras que en el Modelo 1 la variable se comporta acorde a la hipótesis e incluso es significativa, en el Modelo 2 cambia la relación, ya que mientras más diferentes son las posiciones ideológicas de los candidatos, la abstención en la segunda vuelta incrementa, pero carece de significancia.

De las tres variables de control, la sanción es la única que tiene una significancia con $p < 0.01$ con un coeficiente de -7.095 cuando en las elecciones se multan a los electores por abstenerse, es decir, cuando la variable adopta el valor de "sí". Es así que esta variable es coincidente con la hipótesis de que una sanción puede hacer que el costo de abstenerse sea mayor que el de participar, por lo tanto votar es preferible y la DTA disminuye. Gracias a esta variable se tienen indicios para entender por qué la abstención no siempre incrementa en la segunda vuelta e incluso llega a ser inferior en comparación a la primera vuelta.

Finalmente, la competitividad, que se midió a través del MV, una vez anexadas las demás variables y ajustando las diferencias transversales de la muestra, genera un coeficiente de 0.245, el cual no se ve afectado por pasar del Modelo 1 al Modelo 2, con una significancia estadística de $p < 0.01$, que a diferencia del coeficiente, ésta sí cambia al usar distintos modelos. Los valores obtenidos confirman que la hipótesis es correcta y se sostiene con el modelo de efectos fijos, aunque el coeficiente disminuye en comparación al de la regresión simple y la regresión múltiple.

El modelo permite aceptar que dos de las cuatro variables utilizada no son estadísticamente esenciales para la ecuación, que son el respaldo electoral y la ideología. A pesar de que la concentración influye, su coeficiente no tiene un gran impacto y no es significativa, lo que tal vez se deba al papel que desempeñan los partidos en las elecciones. En la investigación se priorizó entender el comportamiento de los electores a partir de su interacción con otros electores, pero no se incluyó cómo su conducta responde a la interacción de otros actores como los son los partidos políticos. Aunque un candidato haya perdido en la primera vuelta, su partido (o partidos si pertenecía a una coalición), aún pueden entablar negociaciones con los candidatos (o partidos a los que representan) que llegaron al *ballotage*.

En las negociaciones se pueden hacer intercambios políticos, en donde los partidos que perdieron en la primera vuelta ofrezcan movilizar a sus electores a favor de un candidato que compiten en la segunda vuelta. Es así que quizá no importa que dos candidatos no concentren un gran porcentaje de votos en la primera vuelta, pues los electores que no los apoyaron aún pueden ser alentados a votar en la segunda ronda por sus partidos preferidos. Esto quiere decir que puede pesar más el hecho de que los candidatos sean capaces de llegar a acuerdos con otros partidos y no tanto el respaldo electoral que tuvieron en la primera ronda.

En cuanto a que se haya refutado la hipótesis del papel de la DI en las variaciones de la DTA, aquí se sugieren dos posibles causas del porqué sucedió eso, una teórica y otra técnica. Una de las razones por las cuales tal vez una mayor DI produce más abstención, es porque las opciones pueden alejarse demasiado del rango de aceptación de un elector, es decir, la separación ideológica máxima entre el candidato y el elector, que el segundo está dispuesto a tolerar para aún preferir votar por el primero. Asimismo, si los candidatos del *ballotage* se alejan entre sí, puede ser porque su ideología se orienta a hacia los extremos, lo que los distancie del elector mediano y si estos prefieren no votar por lo recién dicho, por la

proporción que representan en el padrón, pueden afectar más las tasas de abstención que cuando los electores de los extremos son los abstencionistas.

Referente al problema técnico que pudo causar que la hipótesis no fuera correcta, es porque no se midió adecuadamente la ideología de los partidos. De inicio, la ideología no es algo que se pueda cuantificar de manera simple, además de que algunos datos se tuvieron que ajustar para el periodo completo del estudio, lo que pudo debilitar el potencial de esta variable para coincidir con la hipótesis. Igualmente, Baker y Greene (2016b), al asignar las puntuaciones ideológicas, sus datos son estáticos, por lo cual no siempre se aprecian bien los desplazamientos de la ideología de los partidos en el tiempo. Aunado a esto, en algunas ocasiones la puntuación de los candidatos se basó sobre el partido más grande de la coalición a la que pertenecía, lo que pudo ser un sesgo para las mediciones.

Los comentarios sobre la parte técnica de la medición de la ideología, no tienen la intención de forzar a que la variable sea correcta y los datos erróneos por no coincidir con la hipótesis. Se hace mención de esto, para no dejar de buscar los nexos entre la ideología y la abstención en la segunda vuelta con métodos y propuestas teóricas más idóneas.

Con las dos variables que fueron significativas en el estudio, se acepta que el elector integra a sus cálculos la información del MV de la primera vuelta, lo cual influye en su decisión final sobre sufragar o no hacerlo. Que se efectúe una segunda vuelta revela una tendencia a generar tasas de abstención más altas que las de la primera vuelta, pero, gracias a la competitividad, este efecto puede ser minimizado e incluso contrarrestado. Así que, aún si se asume que participar conlleva un costo y la segunda vuelta presidencial provoca que, para elegir algún candidato como ganador, los electores deban asumir más costos de participación, estos no serán motivo suficiente para que el individuo decida abstenerse. La competitividad es una variable que traza una diferencia entre el aumento o descenso de las tasas de abstención en la segunda vuelta.

Si los electores no están lo suficientemente motivados a votar a casusa de su percepción sobre la capacidad que tienen para influir en los resultados electorales, incentivos negativos pueden ser una clave para evitar una baja participación. Los castigos a través de la sanción a la abstención, son un mecanismo institucional que contribuye a que las elecciones no experimenten una falta de concurrencia a las casillas.

Con todo lo mencionado hasta ahora, cabe cerrar el capítulo con la siguiente observación. La segunda vuelta electoral no es la causa directa del aumento de la abstención, pues de ser así, cómo explicar que dos eventos contrarios entre sí se presenten por un mismo elemento, es decir, que cuando hay dos rondas de votaciones, la abstención puede aumentar, pero también podría disminuir. Exponer a través de la teoría de juegos cómo opera la relación entre la variable de la competitividad y la abstención, muestra que la segunda vuelta tan sólo es un momento que permite que los electores actúen con nueva información (MV, DI, la concentración del voto) y reconsideren su cartera de estrategias. No se afirma que con las variables utilizadas aquí baste para explicar por qué la gente no participa, pero sí ayudan a entender su papel causal y su significancia estadística.

Conclusiones

La segunda vuelta es un método de elección que vale la pena ser estudiado, pues mientras que por un lado busca fortalecer la legitimidad de los ganadores, por otro lado puede tener efectos adversos para las elecciones democráticas uno de esos efectos se puede presentar sobre la participación, que al disminuir quizá sea una señal de un descontento con el proceso electoral, sin embargo, una mayor abstención puede ser el resultado de las estrategias de los individuos para maximizar su utilidad al evadir los costos de votar. Si la asistencia a las urnas es de preocupar, es útil indagar en las causas de la abstención y si existe algún nexo con el sistema electoral.

Aquí se desarrolló una investigación con la intención de aportar más información sobre el comportamiento electoral, pero que no se escapa de omitir elementos, como las variables de los perfiles electorales o las condiciones políticas, económicas, sociales o culturales en las que se llevaban a cabo las elecciones, que al ser estudiados puedan revelar nuevas cosas. Para cerrar se comentará lo que se logró y algunos puntos que pueden nutrir a este y futuros análisis.

El trabajo cumplió con los tres objetivos de la investigación, que era primeramente desarrollar una argumentación que exponga a la abstención como un acto racional y estratégico. Un segundo objetivo fue asociar los niveles de las tasas de abstención con la segunda vuelta electoral por medio de las variaciones de la abstención que ocurren entre dos rondas de votaciones de la misma elección. El último objetivo fue explicar la manera en que los resultados de la primera vuelta, por medio de la información del margen de victoria, le anticipan al elector la conveniencia de abstenerse o votar.

En el proceso para concretar los objetivos, dos hipótesis fueron contrastadas. En la primera se sugería las tasas de abstención incrementan en la segunda vuelta respecto a las de la primera ronda de votaciones. En la segunda hipótesis, se

propuso que a medida que la competitividad entre los dos candidatos que compiten en la segunda vuelta es mayor la abstención disminuye. Estas hipótesis fueron confrontadas con los resultados electorales de 43 elecciones que efectuaron una segunda vuelta, los casos provienen de 11 países de América Latina, en un periodo que va desde el año de 1978 hasta el año 2016.

Los hallazgos permiten aceptar que existe una tendencia a que en *ballotage* la abstención supere a la que se produjo en la primera vuelta, con 29 elecciones que lo confirman. Sin embargo, como 14 elecciones contradicen la primera hipótesis, pues la participación era la que aumentaba en la segunda vuelta, se cuestionó el motivo por el cuál sucedió eso. Por lo tanto, en esta investigación se argumenta que la segunda vuelta no es por sí misma la causa directa de la variación de la abstención, sino que gracias a ella se produce nueva información que le facilita al elector tomar la decisión de votar o abstenerse.

Los electores tienen presente que existe un costo por participar, pero también creen que estarán mejor si gana algún candidato, de tal forma que se ven motivados a participar y minimizar el problema de los costos. Empero, no siempre es factible votar, ya que no hay certidumbre de quién será el ganador y, por ende, que el elector reciba el beneficio que esperaba obtener. Esto lleva a que los individuos busquen fuentes de información que minimicen la incertidumbre, tal como lo es la competitividad, que ayuda a que los electores se orienten a través de la probabilidad subjetiva de que un candidato tenga éxito en la contienda y salga con la victoria.

En el caso de la segunda vuelta electoral, los individuos conocen los resultados de la primera ronda, los cuales dan la oportunidad de reflexionar la capacidad que se tiene para incidir en quién obtendrá el triunfo en las votaciones. Se tomó al margen de victoria como un indicador de competitividad, que señala cuán alejada o cercana es la separación de la proporción de votos de dos candidatos, que permite imaginar la dificultad para que un candidato pueda alcanzar o superar al otro.

En elecciones más cerradas, los electores pueden creerse capaces de romper un empate o revertir los resultados, o sentirse amenazados que su candidato preferido pierda ante el otro contendiente. En elecciones con baja competitividad, era más previsible quién ganaría y por consiguiente se desmotivaba la participación, pues la percepción que se da en este escenario, es que votar no mejora ni empeora la situación de ningún candidato. Es así que la abstención varía en función de la competitividad de la primera vuelta de los dos candidatos que se enfrentan en el *ballotage*, esta relación resultó ser estadísticamente significativa.

Con base en lo anterior, la abstención no sólo está sujeta al diferencial del beneficio, sino también a la probabilidad de éxito que tienen los candidatos. Igualmente, por las variables de control que quedaron en segundo plano, se sabe que la concentración del voto y la diferencia ideológica entre ambos candidatos no son estadísticamente significativas, así que hay razones para creer que los electores no integran esa información a sus cálculos. Por otra parte, las sanciones a la abstención son un mecanismo institucional efectivo, que puede ser aplicado si existe una preocupación porque la participación pueda disminuir en la segunda vuelta.

Las evidencias presentadas por medio del modelo de esta investigación, son hallazgos que refuerzan los postulados teóricos acerca del elector racional y estratégico que está en interacción con las acciones de otros individuos y los contextos que los rodean. Sin embargo, la contrastación empírica se realizó con datos agregados, lo que llevó a tener que partir de varios supuestos para poder sostener la argumentación, por lo cual se debe tener cuidado de los alcances de las afirmaciones que se encuentren en la investigación, así que es momento de pensar en las propuestas para fortalecer la investigación.

Para poder corroborar que algunos supuestos sean válidos, se necesitan datos sobre la opinión de los electores sobre la segunda vuelta. Mientras más se investigue sobre el tema, de mayor información se puede disponer. Interrogantes sobre qué creen que representa una segunda ronda de votaciones podría develar

si, en efecto, ésta es vista como una carga por los costos que produce, genera fatiga en los electores menos interesados en los asuntos políticos, se le percibe como un método que no afecta los resultados de la primera vuelta, o en cambio es apreciada de buena manera por permitir que no gane tan fácil un candidato que no cuenta con una mayoría absoluta o un umbral reducido. Éstas tan sólo son ideas de lo que falta por responder sobre las actitudes de los electores, que quizá modifiquen la argumentación de este estudio.

Otra gran deuda que deja esta investigación, es en torno a los tipos de electores que se sugiere existen en todas las elecciones ¿De qué manera la segunda vuelta afecta a los electores indiferentes, en verdad la reducción de la oferta política produce más electores a los cuáles no les importa quién gane, en realidad acuden a sufragar tan sólo para anular o dejar en blanco su voto? ¿Existen los electores que ante cualquier escenario votarán? En caso de que esta última duda sea afirmativa ¿Votan por el deber cívico, por el compromiso con un partido o un candidato o los resultados, o se están omitiendo elementos cruciales para comprender a estos electores?

El dividir a los electores en tres tipos de jugadores dejó tantas preguntas, pues la investigación se centró principalmente en sólo uno de ellos, ya que argumentativamente era el único que ajustaba sus estrategias con base en la competitividad. Es menester que saber más de los electores indiferentes y los comprometidos con los resultados, pues de ellos puede derivar un modelo más sofisticado sobre la base de nuevas estrategias que afecten a la abstención.

Sobre la base de los datos desagregados, se puede dar un cambio a la perspectiva del análisis, lo que oriente a buscar los perfiles socioeconómicos, sociodemográficos y psicológicos de los electores, para afinar las observaciones. Con esto tal vez se pueda saber si las cualidades de los electores sean las que coadyuvan a que no se comporten acorde a las premisas del modelo desarrollado en este trabajo. Si algunos grupos sociales específicos son quienes tienden a tener una conducta diferente, eso podría indicar que existen variables

indispensables que no se tomaron en cuenta para entender las estrategias de los electores, mismas que al ser anexadas generen un modelo más preciso.

En cuanto a las variables utilizadas en el estudio, quizá el abordarlas desde otros ángulos las vuelva más indispensables para la ecuación, sobre todo las dos variables de control que no fueron significativas. Del respaldo electoral, sería interesante ver cómo actúan los partidos políticos que no llegan a la segunda vuelta y si son ellos los actores que permiten que esta variable no repercuta en la abstención. Respecto a la ideología, se puede explorar otras formas para medirla e incluyendo los desplazamientos ideológicos de los partidos, qué puntuaciones ideológicas caracterizan a los partidos o candidatos que llegan a la segunda vuelta, la distribución ideológica de los partidos o candidatos y los electores para unas votaciones específicas.

La investigación se enfocó al comportamiento electoral una vez que se sabía que todas las elecciones efectuaron una segunda vuelta, además se priorizó el abordar las estrategias en esa ronda de votaciones, pero ¿tendrá alguna relación con las estrategias que los electores realizan en la primera vuelta? Cox (2004) modela varios escenarios donde los jugadores actúan anticipando la posibilidad de que haya una segunda vuelta, lo cual les sirve para saber por cómo votar. Por su parte Payne y Zavala (2006) plantean que el tipo de mayoría de la primera vuelta incide en que los electores emitan un voto sincero o estratégico.

Si los electores fueron capaces de votar estratégicamente y hacer llegar a sus dos candidatos más preferidos al *ballotage*, el diferencial del beneficio entre ambos contendientes podría tender a cero y por lo tanto sea mejor no votar, pues la utilidad apenas y cambiaría sin importar quién ganara. En cambio, si sólo logran que un candidato llegue, el diferencial puede ser mayor e incentivar la participación. Este razonamiento puede ser muy escueto, pero arroja una parte del *capo* de estudio que debe ser abordada, ya que las estrategias de la primera vuelta pueden estar involucradas en las decisiones de los electores en el *ballotage*.

Con la investigación se satisfacen los objetivos buscados, pero deja una serie de preguntas sin responder, lo cual tan sólo corrobora la complejidad del campo de estudio del comportamiento electoral. Ciertamente existe una tendencia en donde la segunda vuelta hay menos participación que en la primera, también es cierto que la competitividad y las sanciones pueden controlar ese aumento de abstención, pero esto sucede en América Latina, no se descarta que lo mismo suceda en otros lados, como en Francia. Es así que todo lo expuesto debe ser tan sólo un paso más para comprender la relación entre el sistema y el comportamiento electoral, y no una tajante desacreditación al uso de la segunda vuelta.

Apéndice A

País	Año	TA 1	TA 2	DTA	VC 1 (%)	VC 2 (%)	MV
Argentina	2015	18.77%	19.11%	0.34%	37.08%	34.15%	2.93%
Brasil	2014	19.40%	21.11%	1.71%	41.59%	33.55%	8.04%
	2010	18.13%	21.50%	3.37%	46.91%	32.61%	14.30%
	2006	16.75%	18.99%	2.24%	46.61%	41.63%	4.98%
	2002	17.80%	19.91%	2.11%	46.40%	23.20%	23.20%
	1989	11.94%	14.39%	2.45%	28.52%	16.08%	12.44%
Chile	2013	50.64%	58.02%	7.38%	46.70%	25.03%	21.67%
	2009	12.29%	13.14%	0.85%	44.06%	29.60%	14.46%
	2005	13.01%	13.55%	0.54%	45.96%	25.41%	20.55%
	1999	10.06%	9.37%	-0.69%	47.96%	47.51%	0.45%
Colombia	2010	50.71%	55.66%	4.95%	46.54%	21.49%	25.05%
	1998	55.94%	49.29%	-6.65%	34.59%	34.34%	0.25%
	1994	66.05%	56.68%	-9.37%	45.30%	44.98%	0.32%
Costa Rica	2014	31.81%	43.50%	11.69%	30.64%	29.71%	0.93%
	2002	31.16%	39.78%	8.62%	38.58%	31.05%	7.53%
Ecuador	2006	28.53%	24.06%	-4.47%	26.83%	22.84%	3.99%
c/UR*	2002	35.02%	28.78%	-6.24%	20.43%	17.37%	3.06%
Ecuador	1998	35.83%	29.86%	-5.97%	35.69%	22.19%	13.50%
	1996	32.75%	29.01%	-3.74%	22.87%	22.11%	0.76%
	1992	29.12%	27.11%	-6.85%	31.88%	25.03%	6.85%
	1988	22.74%	22.28%	-0.46%	24.48%	17.61%	6.87%
	1984	29.12%	21.87%	-7.25%	28.73%	27.20%	1.53%
	1978	27.17%	19.51%	-7.66%	27.70%	23.86%	3.84%
El Salvador	2014	44.68%	39.11%	-5.57%	48.00%	38.21%	9.79%
	1994	47.20%	54.02%	6.82%	49.11%	24.99%	24.12%
Guatemala	2015	30.26%	43.85%	13.59%	21.86%	18.00%	3.86%

	2011	31.14%	39.36%	8.22%	36.01%	23.20%	12.81%
	2007	39.63%	51.80%	12.17%	28.23%	23.51%	4.72%
	2003	42.10%	53.21%	11.11%	34.33%	26.36%	7.97%
	1999	46.23%	61.10%	14.87%	47.72%	30.32%	17.40%
	1995	53.20%	63.12%	9.92%	36.50%	22.04%	14.46%
	1990	43.56%	55.00%	11.44%	25.72%	24.14%	1.58%
	1985	30.72%	34.62%	3.90%	38.65%	20.23%	18.42%
Perú	2016	18.19%	19.90%	1.71%	32.64%	17.23%	15.41%
	2011	16.28%	17.45%	1.17%	27.80%	20.66%	7.14%
	2006	11.29%	12.29%	1.00%	25.69%	20.41%	5.28%
	2001	17.72%	18.63%	0.91%	37.03%	25.77%	11.26%
	2000	17.17%	18.99%	1.82%	49.87%	40.23%	9.64%
	1990	21.70%	20.50%	-1.20%	27.60%	24.62%	2.98%
República Dominicana	1996	21.37%	23.20%	1.83%	45.93%	30.12%	15.81%
Uruguay	2014	9.49%	11.42%	1.93%	47.81%	30.88%	16.93%
	2009	10.10%	10.81%	0.71%	47.96%	29.07%	18.89%
	1999	8.21%	8.16%	-0.05%	39.06%	31.93%	7.13%

Fuente: elaboración propia (Ver Fuentes electrónicas consultadas para los resultados electorales)

Abreviaturas:

TA1: Tasa de abstención en la primera vuelta.

TA2: Tasa de abstención en la segunda vuelta.

DTA: Diferencia de las Tasas de Abstención.

VC 1 (%): Proporción de votos del candidato en primer lugar en la primera vuelta.

VC 2 (%): Proporción de votos del candidato en segundo lugar en la primera vuelta.

MV: Margen de Victoria entre los candidatos del primer y segundo lugar en la primera vuelta.

*Ecuador c/UR alude al país cuando acepta el umbral reducido para que un candidato pueda ganar.

Apéndice B

País	Año	Diferencia Ideología*	Concentración	Sanción
Argentina	2015	7.91	68.87	Sí
Brasil	2014	7.09	67.90	Sí
	2010	7.09	72.65	Sí
	2006	5.31	82.65	Sí
	2002	5.31	62.93	Sí
	1989	3.45	47.37	Sí
Chile	2013	11.86	70.52	No
	2009	6.19	70.75	Sí
	2005	10.09	68.74	Sí
	1999	10.20	92.63	Sí
Colombia	2010	9.77	66.84	No
	1998	8.06	67.92	No
	1994	8.06	89.81	No
Costa Rica	2014	6.09	59.09	No
	2002	2.55	41.69	No
Ecuador	2006	13.80	41.39	Sí
	2002	10.10	32.80	Sí
	1998	0.40	33.16	Sí
	1996	7.00	44.99	Sí
	1992	2.10	47.89	Sí
	1988	5.40	35.23	Sí
	1984	12.40	46.66	Sí
	1978	7.20	46.65	Sí
El Salvador	2014	16.50	86.22	No
	1994	16.50	68.71	No
Guatemala	2015	8.32	39.87	No

	2011	1.86	52.42	No
	2007	8.50	46.94	No
	2003	7.75	55.46	No
	1999	0.25	71.34	No
	1995	0.75	53.35	No
	1990	-	42.84	No
	1985	5.12	51.80	Sí
Perú	2016	1.70	49.88	Sí
	2011	11.34	48.46	Sí
	2006	7.09	46.09	Sí
	2001	2.82	53.85	Sí
	2000	1.82	82.79	Sí
	1990	4.18	52.23	Sí
República Dominicana	1996	3.71	83.50	No
Uruguay	2014	6.89	78.70	Sí
	2009	8.29	77.03	Sí
	1999	9.23	70.98	Sí

Fuente: elaboración propia con base en ACE. (s.f), Apéndice A, Baker y Greene (2016b), Fernández y Thompson (2007) y las páginas electrónicas de los Congresos de Chile, Ecuador y Perú.

*En la diferencia ideológica las puntuaciones de los candidatos de las elecciones que se efectuaron antes de 1991 se basan en el valor que Baker y Greene (2016b) les asignaron a sus partidos o al partido más grande de la coalición en años posteriores, en algunos casos el mismo candidato competía en diferentes elecciones y esa era la puntuación que se tomaba como referencia. Lo anterior se hizo con el objetivo de poder cubrir el periodo que abarca el panel de datos. Sólo para la elección de Guatemala en 1990 no se obtuvo información suficiente.

Fuentes

Fuentes consultadas:

Almond, G., y Verba, S. (1963). *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*. New Jersey, Princeton University Press.

Anduiza, E., y Bosch, A. (2004). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona, Ariel.

Carmines, E., y Huckfeldt, R. (2001). "Comportamiento Político: una visión general" en R. Goodin, y H. Klingemann (Eds.), *Nuevo manual de Ciencia Política*. Madrid, Istmo, pp. 329-373.

Carreras, M., y Irepoglu, Y. (2013). "Trust in elections, vote buying, and turnout in Latin America". *Electoral Studies*. Vol. 32(4), 609-619.

Chwaszcza, C. (2013). "Teoría de los juegos" en D. Della Porta y M. Keating (Eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva pluralista*. Madrid, Akal, pp. 153-175.

Colomer, J. (2001). *Instituciones políticas*. Barcelona, Ariel.

Cox, G. (2004). *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo*. Barcelona, Gedisa.

Crespo, I. (2009). "El ballottage en América Latina" en J. Reynoso y H. Sánchez de la Barquera (Coords.), *La democracia en su contexto: estudios en homenaje a Dieter Nohén en su septuagésimo aniversario*. México, IJ-UNAM, pp. 157-172.

Della Porta, D. (2013). "Análisis comparativo: la investigación basada en casos frente a la investigación basada en variables" en Della Porta, D., y Keating, M.

(Eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva pluralista*. Madrid, Akal, pp. 211-254

Downs, A. (1973). *Teoría económica de la democracia*. Madrid, Aguilar.

Emmerich, G. (2003). “La segunda vuelta electoral. Modalidades, experiencias y consecuencias políticas” en P. Becerra, et al. (Comps.), *Contexto y propuestas para una agenda de reforma electoral en México*. México, Instituto de Investigaciones Legislativas del Senado de la República, pp. 85-106.

Evans, J. (2004). *Voters and voting. An introduction*. London, Sage Publications.

Fernández, J. (2010). *Teoría de juegos: su aplicación en economía*. México, COLMEX.

Fernández, M., y Thompson, J. (2007). “El voto obligatorio” en D. Nohlen, et al. (Comps.), *Tratado de derecho electoral comparado en América Latina*. México, FCE, pp. 253-265.

Gómez, S. (2009). ¿Cuántos votos necesita la democracia? *La participación electoral en México 1961-2006*. México, IFE.

Hall, P., y Taylor, R. (1998). “La ciencia política y los tres nuevos institucionalismos”. *Revista Conmemorativa del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública*. México, No. 22, pp. 15-54.

Harrop, M., y Miller, W. (1987). *Elections and voters*. New York, The Meredith Press.

Heath, A. (2007). “Perspectives on Electoral Behavior”, en R. Dalton y H. Klingemann (Eds.), *The Oxford Handbook of Political Behavior*. New York, Oxford.

Lipset, S. (2001). “Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política” en VV.AA., *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona, Ariel, pp. 113-150.

Nohlen, D. (1995) *Sistemas Electorales y Partidos Políticos*. México, Fondo de Cultura Económica.

Nohlen, D. (2007). "Sistemas electorales presidenciales y parlamentarios" en D. Nohlen, *et al.* (Comps.), *Tratado de derecho electoral comparado en América Latina*. México, FCE, pp. 294-333.

Nohlen, D., y Zilla, C. (2003), *El contexto hace la diferencia: reformas institucionales y el enfoque histórico empírico*. México, UNAM - Tribunal del Poder de Justicia de la Federación.

North, D. (1998). "Una teoría de la política basada en el enfoque de los costos de transacción" en Saiegh, S. y Mariano T. (comps.), *La nueva economía política: racionalidad e instituciones*. Buenos Aires, Eudeba.

Olson, M. (1998). "La lógica de la acción colectiva" en S. Saiegh y T. Mariano (comps.), *La nueva economía política: racionalidad e instituciones*. Buenos Aires, Eudeba.

Pasquino, G. (1988). "Abstencionismo" en N. Bobbio, *et al.* (Dirs.), *Diccionario de Política*. México, Siglo XXI, pp. 1-3.

Pasquino, G. (2004). *Sistemas políticos comparados*. Buenos Aires, Bononia University Press.

Payne, M., y Allamand, A. (2006). "Sistemas de elección presidencial y gobernabilidad democrática" en M. Payne, *et al.* (Eds.), *La política importa: democracia y desarrollo en América Latina*. Washington, D.C., IDEA-BID, pp. 19-39.

Sartori, G. (1994). *Ingeniería constitucional comparada: Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*. México, FCE.

Shepsle, K., y Bonchek, M. (2005). *Las formulas de la política: instituciones, racionalidad y comportamiento*. México, Santillana.

Thompson, J. (2007). "Abstencionismo y participación electoral" en D. Nohlen, *et al.* (Comps.), *Tratado de derecho electoral comparado en América Latina*. México, FCE, pp. 266-286.

Urruty, C. (2007). "Los registros electorales" en D. Nohlen, *et al.* (Comps.), *Tratado de derecho electoral comparado en América Latina*. México, FCE, pp. 463-486.

Fuentes electrónicas consultadas:

ACE. (s.f.). "Integridad electoral". URL:
<http://aceproject.org/main/espanol/ei/eie05.htm>

Aldrich, J. (1993). "Rational Choice and Turnout". *American Journal of Political Science*. Vol. 37, No. 1, pp. 246-278. URL: <http://links.jstor.org/sici?sici=0092-5853%28199302%2937%3A1%3C246%3ARCAT%3E2.0.CO%3B2-K>

Álvarez, M. (2015). "Recursos Electorales en la Internet". URL:
http://www.electionresources.org/index_es.html

Baker, A., y Greene, K. (2016a). "Online Appendix for 'The Latin American Left's Mandate: Free-Market Policies and Issue Voting in New Democracies' World Politics". URL:
<https://spot.colorado.edu/~bakerab/Latin%20American%20Left's%20Mandate%20ON-LINE%20APPENDIX.pdf>

Baker, A., y Greene, K. (2016b). "Latin American Election Results with Party Ideology Scores". URL:
<https://spot.colorado.edu/~bakerab/elections.html?fbclid=IwAR0xpAGgp8D0hz3ldVE6epcLL6k9omWStCvDFuOu7jMtrt9p9Xpju-JSrKA>

Casal, F. (2017). "¿Democracia en crisis? El futuro de los partidos políticos y de la democracia representativa". *Revista de la Cortes Generales*. No. 100-102, pp. 249-273. URL:

https://www.academia.edu/37148644/DEMOCRACIA_EN_CRISIS_EL_FUTURO_DE_LOS_PARTIDOS_POL%C3%8DTICOS_Y_DE_LA_DEMOCRACIA_REPRESENTATIVA

CEIGB. “La segunda vuelta electoral en el contexto de los sistemas presidenciales latinoamericanos”. Documento de investigación del Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques. URL: http://centrogilbertobosques.senado.gob.mx/docs/DI_2daVueltaLATAM_110717.pdf

González, J. (2007). “La segunda vuelta electoral, experiencias y escenarios”. CESOP. No. 24, pp. 2-37. URL: www3.diputados.gob.mx/camara/content/.../Documento_24_Segunda_vuelta.pdf

Hall, P., y Taylor, R. (1996). “Political science and three new institutionalisms”. *Political Studies*. XLIV, pp. 936-957. URL: https://scholar.harvard.edu/files/hall/files/political_studies_1996.pdf

Levine, D., y Molina, J. (2007) “La calidad de la democracia en América Latina: una visión comparada. América Latina Hoy”. *América latina hoy*. No. 47. España, Universidad de Salamanca, pp. 17-46. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30804502> ISSN 1130-2887

Pérez-Liñán, A. (2008). “La reversión del resultado en la doble vuelta electoral: Una evaluación institucional del Balotaje”. *Miríada*. Investigación en Ciencias Sociales. Vol. 1, No.1., pp. 9-33. URL: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5024466>

Relea, F. (15 de mayo de 2003). “Menem renuncia a disputar la presidencia de Argentina tras dos días de rumores”. *El País*. URL: https://elpais.com/diario/2003/05/15/internacional/1052949612_850215.html

Reynoso, D. (2011). "Aprendiendo a competir. Alianzas electorales y margen de victoria en los estados mexicanos, 1988-2006". *Política y Gobierno*. Vol. XVIII, No. 1, pp. 3-38. URL: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60327300001>

Riker, H., y Ordeshook, P. (1968). "A theory of the calculus of voting". *The American Political Review*. Vol. 62, No. 1, pp. 25-42. URL: http://www.uky.edu/~clthyn2/PS671/Riker_1968APSR.pdf

Torrico, M. (2014). "Bolivia: nuevo sistema electoral presidencial y coordinación política de los partidos". *Perfiles Latinoamericanos*. Vol. 22, No. 43, pp. 77-102. DOI: <http://dx.doi.org/10.18504/pl2243-077-2014>

Fuentes electrónicas consultadas para los resultados electorales:

Brito, G. (2015). "Informe electoral Argentina 2015". CELAG. URL: <http://www.celag.org/wp-content/uploads/2015/11/Informe-Electoral-Argentina-Balotaje-2015.pdf>

Cámara Nacional Electoral. (2005). "Elecciones nacionales 2015". URL: <https://www.electoral.gov.ar/elecciones2015.php>

Consejo Nacional Electoral. (s.f.). "Sistema estadístico electoral". URL: <https://app03.cne.gob.ec/EstadisticaCNE/Ambito/Distributivo/Distributivo.aspx>

Corte Electoral. (s.f.) "Estadísticas". URL: <http://www.corteelectoral.gub.uy/gxpsites/page.aspx?3,26,294,O,S,0>,

FLACSO-Chile Observatorio de Política Nacional. (2014). "Informe trimestral de coyuntura". URL: <http://www.flacsochile.org/wp-content/uploads/2014/04/Informe-Coyuntura-Nro.-0.pdf>

Georgetown University. (s.f.). "Political Database of the Americas". Estados Unidos, Georgetown University. URL: <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/elecdata.html>

Ibarra, H. (1996). "Las elecciones de 1996 o la costeñización de la política ecuatoriana". *Ecuador Debate*. No. 32, pp. 23-31. URL: <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/6049/3/RFLACSO-ED38-03-Ibarra.pdf>

Jurado Nacional de Elecciones. (s.f.). "Estadística electoral". URL: <http://portal.jne.gob.pe/informacionelectoral/estadisticaelectoral/Estad%C3%ADstica%20Electoral.aspx>

Registraduría Nacional del Estado Civil. (s.f.). URL: <http://www.registraduria.gov.co/-Presidencia-.html>

Servicio Electoral de Chile. (s.f.). "Resumen histórico". URL: <https://www.servel.cl/resumen-historico/>

Tribunal Calificador Electoral. (s.f.). "Resultados electorales". URL: <http://www.tribunalcalificador.cl/resultados-electorales/>

Tribunal Superior Eleitoral. (s.f.). "Eleições anteriores". URL: <http://www.tse.jus.br/eleicoes/eleicoes-antecedentes/eleicoes-antecedentes>

Tribunal Supremo de Elecciones. (s.f.). "Estadísticas electorales y civiles". URL: <http://www.tse.go.cr/estadisticas.htm>

Tribunal Supremo Electoral de El Salvador. (s.f.). "Elecciones". URL: <http://www.tse.gob.sv/2012-01-05-21-47-58/memoria-de-elecciones>

Tribunal Supremo Electoral de Guatemala. (s.f.). "Memorias electorales". URL: <http://www.tse.org.gt/index.php/comunicacion/publicaciones/memorias/145-memorias-electorales>

Oficina Nacional de Procesos Electorales. (s.f.). "Histórico de elecciones". URL: <https://www.web.onpe.gob.pe/elecciones/historico-elecciones/>

Organización de los Estados Americanos. (1997). "Observaciones Electorales en República Dominicana 1994-1996". URL: http://www.oas.org/sap/publications/1996/moe/dominican_rep/doc/pbl_00_1996_spa.pdf

Organización de los Estados Americanos. (1999). "Observaciones Electorales en Ecuador 1998". URL: http://www.oas.org/sap/publications/1998/moe/ecuador/pbl_17_1998_spa.pdf